



P

Portugal siglo XX

[1890-1976]

Pensamiento y
acción política

FERNANDO ROSAS

26

SERIE ESTUDIOS PORTUGUESES

2. LAS GRANDES PROPUESTAS ENFRENTADAS: REPUBLICANISMO, AUTORITARISMO Y REVOLUCIÓN SOCIAL

La crisis de 1890/91, donde se cruzan los efectos del *Ultimátum* y de la depresión económica y financiera, replanteó con inusitado vigor y extensión la problemática de las “causas de la decadencia de los pueblos peninsulares”, para retomar la designación lapidaria de Antero de Quental en las Conferencias del Casino, en 1871.

Aunque las manifestaciones de masas patrióticas se calmasen, el revolucionarismo republicano fue derrotado en Oporto, el 31 de Enero de 1891, lo peor de la crisis financiera estuviese controlado y el Partido Regenerador retomase dos años después las riendas del poder, el regreso a la “normalidad” no era sino aparente. Todo pasó a ser cuestionado.

Ya no se trataba sólo de la bancarrota de la institución monárquica y del *rotativismo*, de la desmoralización y descrédito de su personal político, o del tremendo desprestigio de la Casa Real en los grandes medios urbanos. Era la “decadencia nacional”, o el *finis patriae*, la existencia y la viabilidad de la nación lo que se cuestionaba. Ya antes de la crisis del *Ultimátum* se estaba reescribiendo la historia de Portugal para explicar las raíces de la decadencia; había surgido una literatura, una poesía y una caricatura de denuncia y de sátira despiadada; se inflamaban los discursos parlamentarios; la prensa se tornó incendiaria, se formaban “ligas” o grupos de reflexión; el republicanismo, aunque temporalmente en reflujo, estaba ganando terreno. El movimiento obrero se organizaba. El decadentismo pintaba con colores lúgubres y alarmistas el malestar del país: se extendía de la crisis política a la económica

y de ésta al decaimiento de los valores morales y hasta de los atributos físicos de la “raza”.

¿Cómo entonces levantar “hoy de nuevo el esplendor de Portugal”?

De una forma necesariamente algo esquemática y siguiendo un criterio más centrado en la vertiente política e ideológica de las varias respuestas a esta magna pregunta, podríamos distinguir tres campos principales:

- De una parte, el campo del republicanismo, aquel que vence la primera batalla de la guerra con la conquista del poder el 5 de Octubre de 1910. El republicanismo surge como un intento de regeneración democratizadora y moralizante del sistema liberal. Se sitúa dentro de su lógica de valores y principios para purificarlos de los ingredientes aristocrático, monárquico y clerical que lo habían contaminado, a través de la instauración de una república laica y servida por ciudadanos ética y cívicamente ejemplares. A despecho de la mudanza del tipo de jefatura del Estado, del anticlericalismo, de la importante y permanente ruptura a nivel simbólico (bandera, himno, moneda, toponimia) o de las alteraciones del personal político en la cúpula del aparato del Estado (ministros, diputados, gobernadores civiles), la I República representará, sobre todo, una continuidad con los propósitos reformadores, por otra parte no especificados, del sistema liberal.
- Por otra parte, estaba el campo de las derechas autoritarias y antiliberales. Situadas frente al liberalismo y el parlamentarismo, niegan la herencia político-ideológica de la revolución francesa; son autoritarias, cuestionan el principio de la separación de poderes y defienden como fundamento legitimador de las nuevas instituciones un nacionalismo orgánico y corporativo. Pero hay entre ellas, como veremos, diferencias ideológicas substanciales acerca de la valoración del pasado, de su idea del futuro o del sentido de la participación política. Distinguiremos, por eso, como más adelante se verá, entre el autoritarismo modernizador y tecnocrático de inspiración *martiniana*,¹⁹ y el

¹⁹ Relativo al pensamiento regenerador de Oliveira Martins, uno de los más influyentes miembros de la brillante *generación de 1870*, que acabó postulando un gobierno autoritario y eficaz que favoreciese la modernización económica y social del país, según un modelo inspirado en el “socialismo de Estado” alemán, tan de moda en el período intersecular. (N.T.)

nacionalismo tradicionalista, monárquico y contrarrevolucionario que va a desembocar en esa utopía de regreso al Antiguo Régimen que es el Integralismo Lusitano.²⁰ Merece destacarse la importancia de la derecha católica, que en Portugal presentaba discretos trazos sociales y, siguiendo la estrategia vaticana del *ralliement*, tendió a mostrarse accidentalista en la espinosa “cuestión del régimen” suscitada por el advenimiento de la República.

- Por último, está el campo de la revolución social. También aquí no puede hablarse, con rigor, de una negación de la herencia liberal. Las tres principales corrientes que, a partir de la fundación del Partido Socialista, en 1875, van a defender, es cierto que por distintos caminos, la superación del orden burgués y capitalista –los partidarios del socialismo reformista, de la acracia o, más tarde, del comunismo– reivindican el patrimonio ilustrado, democrático y progresista de la revolución francesa, entendiendo que las soluciones político-ideológicas que preconizaban serían la forma de actualizar ese legado y de desarrollarlo en la época del capitalismo y del imperialismo moderno nacientes. Las metas de la emancipación del trabajo asalariado, el fin de la explotación capitalista, el objetivo de la sociedad sin clases –fuesen alcanzadas por una labor reivindicativa, pedagógica y reformadora, como abogaban los socialistas, fuese mediante la huelga general revolucionaria, momento emancipador culminante perseguido por el movimiento libertario, fuese a través de la revolución proletaria defendida por los que vendrían a ser seguidores del bolchevismo de inspiración soviética– no se asentaban sobre presupuestos de negación del patrimonio revolucionario de los siglos XVIII y XIX, antes bien entendían que lo profundizaban y adaptaban a las nuevas condiciones de desarrollo del capitalismo y de la lucha social y política de los obreros industriales.

Veamos, entonces, como cada uno de estos tres campos, y con qué suerte, hizo valer sus estandartes en el accidentado, arduo y complejo proceso histórico del siglo XX portugués.

²⁰ Corriente doctrinal y política surgida en 1914 e inspirada en la *Action Française* de Charles Maurras, que postulaba el establecimiento de un sistema monárquico, nacionalista, tradicional y corporativo. Tuvo enorme influencia en la ofensiva contrarrevolucionaria desencadenada frente a la I República y en el advenimiento del autoritarismo en 1926. (N.T.)

2.1. EL REPUBLICANISMO O EL INTENTO DE REGENERACIÓN DEMOCRÁTICA DEL LIBERALISMO

Comencemos por quien, aparentemente, sale vencedor de la crisis que acaba con la monarquía y alcanza el poder gracias al éxito de la revolución lisboeta, triunfante en la mañana del 5 de Octubre de 1910: el campo del republicanismo, aquel donde pontificaba la élite intelectual de la pujante pequeña burguesía urbana. Los que, a partir de los grandes centros urbanos en proceso de rápida expansión demográfica y de gran complejidad sociológica, asentados en una nueva clase media urbana en plena afirmación, pugnan por un lugar al sol contra la subordinación impuesta por la oligarquía *rotativista* que dominaba el sistema político.

El movimiento republicano, paulatinamente reagrupado como fuerza nacional en el Partido Republicano Portugués (PRP) desde finales de los años setenta y principios de los ochenta, fijará de manera firme su perfil ideológico y político a lo largo de las jornadas conmemorativas sobre Camoes y Pombal de la década de los ochenta y, sobre todo, en las embestidas de 1890 y 1891 contra el Ultimátum británico y la corona de los Bragança. Ensayó su primer intento de asalto revolucionario al poder el 31 de enero de 1891 en la revuelta de Oporto, abriendo una fase de crecientes divergencias tácticas entre sus dirigentes acerca de qué caminos tomar para derribar la corona. La vía insurreccional comenzaba a imponerse a de la pedagogía legalista y de orden.

El republicanismo, ya antes lo apuntamos, se afirmaba como un regeneracionismo democratizador del sistema liberal que, en sí mismo, como herencia de la revolución francesa y del *vinetismo*, no era cuestionado. A través de la República, se trataba de devolverlo a su pureza democrática, regenerando así la patria y salvándola del abismo al que la realeza lo estaba precipitando.

La República positivista y *spenceriana*, percibida teológicamente como el auge “científicamente” ineluctable de la perfección de lo social –reproduciendo la misma lógica implacable y finalista del mundo natural–, asumía así un cuádruple objetivo pragmático. Era anticlerical y laica en su esencia *neo-ilustrada* y científica, comprendiendo en un mismo objetivo primordial de combate la “alianza del trono y del altar”, ese mundo simultáneamente tridentino y monárquico lleno de conservadurismo, de oscurantismo, de perversión jesuítica de la pureza del cristianismo, de reacción a la modernidad,

pautado por la *Syllabus* de Pio IX, donde promiscuamente se confundían en un mismo poder la Iglesia católica y el Estado.

Era también nacionalista y regeneradora; de un nacionalismo colonialista, antibritánico y antimonárquico, alimentado en la indignación patriótica contra el continuo *diktat* inglés sobre las posesiones consideradas portuguesas en África austral, y ante al cual el poder real se habría doblado servilmente. Frente a esa subordinación, que estaría conduciendo al crepúsculo de la nacionalidad, la República vendría a rescatar a la patria y a devolverla dignidad de su pasado esplendor.

También era democrática; atacaba el garrote oligárquico del caciquismo, del *rotativismo*, de los “pucherazos” electorales o la “vil porquería”²¹ de las leyes electorales restrictivas y manipuladoras; denunciaba las leyes contra la libertad de prensa y el endurecimiento de la represión policial iniciada con la crisis de 1890/91 y acentuada con la posterior gobernación regeneradora; defendía la descentralización administrativa, la transparencia electoral, el sufragio universal y el derecho de huelga.

Finalmente, quería también la “moralización administrativa” del Estado a la luz de una nueva ética republicana de servicio público de cariz antioligárquico: denuncia de los sucesivos escándalos y corrupciones en los que estaban envueltos la casa real, los gobiernos y los partidos *rotativistas* de la fase final de la monarquía; protesta contra la ostentación parasitaria de la familia real y de la corte a costa del debilitado erario público; extinción de la Cámara de los Pares y de la carrera diplomática, feudos hereditarios de la vieja, pero también de la nueva aristocracia pos-liberal.²² Claro que a todo esto, al conjunto de la labor política e ideológica republicana, subyacía como objetivo de fondo la gran tarea emancipadora centrada en el individuo: la transformación del súbdito, embrutecido bajo las tinieblas del analfabetismo, del oscurantismo religioso y de la opresión monárquico-clerical, en ciudadano consciente de sus derechos y deberes. Y de la masa oprimida solo a través del acceso al conocimiento habría de florecer el hombre libre; es decir, a través de la promoción activa de una educación orientada por los principios de la ciencia,

21 Nombre con el que se conoció a la ley electoral restrictiva de 1901. (N.T.)

22 Sobre la ideología republicana, cf. Como obras más problematizadoras, Fernando Catroga, *O Republicanismo em Portugal: da Formação ao 5 de Outubro de 1910*, Coimbra, Faculdade de Letras, 1991; Rui Ramos, *A Segunda Fundação*, vol 5, in José Matoso (dir.), *História de Portugal*, Lisboa, Círculo de Leitores, 1995.

del racionalismo, del humanismo, del laicismo, y llevada a cabo, bien por la pedagogía de la propaganda republicana, por el combate de las ideas, o, sobre todo después de 1910, por la osada reforma de la instrucción pública a todos los niveles, con especial incidencia en la enseñanza primaria. El laicismo republicano no era neutro o pasivo: combatía las tinieblas del clericalismo y promovía la instrucción. El republicanismo creía en la virtud emancipadora y desarrollista del acceso a las luces del saber, de la ciencia y de la cultura, o sea, del acceso generalizado a la escuela, a la nueva escuela republicana. Ese sería el camino para despertar una nueva ciudadanía, promover el progreso técnico y material de la nación y asegurar el futuro de la República. Como subraya Antonio Nova,²³ no se trataba tanto de moldear autoritariamente las conciencias a través de la inculcación forzada de valores impuestos por los aparatos educativos del Estado “de fuera hacia adentro”, como hará el Estado Novo; sino de sembrar y después mantener el progresivo desarrollo y dominio de los saberes y de las opciones. No era la metáfora del moldeador de las almas, sino la de la planta y el jardinero, tan reconocida por los pedagogos republicanos.

En este ideario esencial, fijado desde los años 80 del siglo XIX, todo se centraba, por tanto, en privilegiar al político y al ideólogo, como si la proclamación de la República y la toma del poder pudiesen, por sí solas, sucesivamente, regenerar el país de los profundos males que lo afligían. Es decir, la élite republicana se preocupaba, sobre todo, y así se mantendría después de la revolución de 1910, por llegar al poder y conservarlo a toda costa, como un objetivo en sí mismo desligado de cualquier pensamiento sistemático en el plano de las reformas sociales u económicas. Si exceptuamos la reforma de la enseñanza y descontamos algunas andanadas demagógicas y populistas o algunas proclamas inmediatas y de vago sabor antioligárquico, el republicanismo, hasta 1919, no planteó ningún programa para resolver los problemas estructurales del país.

Y así ocurrirá también cuando a nivel táctico, el gradualismo legalista y conservador del directorio del PRP sea contestado y vencido, en vísperas de la revolución, por el radicalismo más o menos insurreccional. A pesar de haber subido al poder a hombros de la plebe urbana de la capital y de la mano de la Carbonaria, la República, entre 1910 y 1917, bajo la hegemonía

²³ António Nóvoa, “Educação Nacional”, in Fernando Rosas; José Maria Brandao de Brito (dir.), *Dicionário de História do Estado Novo*, Lisboa, Círculo de Leitores, 1996, vol. I, p. 288.

de los *democráticos* de Alfonso Costa,²⁴ o antes de ella, será jacobina, anticlerical y antimonárquica, pero marcadamente conservadora en todo lo demás. No será sensible por ejemplo al oneroso precio social del equilibrio presupuestario que el *alfonsismo*²⁵ (quiere imponer como marco financiero de su gobernación; bajo su bandera se produce el intervencionismo en la Gran Guerra; reprime sin contemplaciones la agitación del sindicalismo y no tiene nada relevante que proponer ni en el campo de las reformas sociales más elementales, ni en el de cualquier estrategia de modernización económica del país. Como ya antes había observado Oliveira Martins, el “fomento” se había tornado “solidario del conservadurismo”.²⁶ Cabría a la derecha política o, por lo menos, a parte de ella asociar la bandera del desarrollo al discurso del “orden” y dominar casi sin competencia, y durante muchos años, la reflexión estratégica sobre el desarrollo del país, sobre el reformismo agrario, el fomento de la industria, la electrificación, las obras públicas, o sea, sobre el progreso económico en general. Será preciso esperar a la primera posguerra, como veremos, para ver surgir aquello que rigurosamente llamamos una izquierda republicana, es decir, un republicanismo con un programa razonablemente coherente y global para responder a los problemas del país, especialmente en el terreno de las reformas sociales, de la instrucción pública, de las políticas financieras y de la modernización económica.

No obstante, ese núcleo político ideológico central del republicanismo histórico tendrá un peso duradero y decisivo en el pensamiento y en el discurso de la izquierda republicana portuguesa a lo largo del siglo XX. En la fase última de la “República vieja” o en los primeros tiempos de la Dictadura, cuando buena parte del republicanismo se empieza a rendir a las soluciones autoritarias, es a ese patrimonio esencial del laicismo, del patriotismo, de la democracia, de la ética republicana del servicio público, patrimonio entonces enriquecido con nuevas preocupaciones sociales, al que la izquierda republicana resistente se va a agarrar, bien desmarcándose de las “perversiones” de

24 Pertenecientes al *partido democrático*, nombre con el que popularmente se conoció al Partido Republicano Portugués tras la escisión en 1911 de los sectores más moderados, que en 1912 dieron lugar a los partidos *evolucionista* y *unionista* liderados por António José de Almeida y Manuel Brito Camacho respectivamente. El *partido democrático*, que con escasas interrupciones monopolizó el poder durante la I República, estuvo liderado hasta 1919 por Alfonso Costa, que fue la gran figura política del régimen. (N.T.)

25 Relativo a Alfonso Costa. (N.T.)

26 Cf. Maria de Fátima Bonifácio, *Ibidem*, p. 127.

la I República, bien rechazando la negación de la “política” y de los “partidos” pregonada por el nuevo orden.

2.1.1. El fracaso de la alternativa liberal republicana

Es sabido que la I República falló en el intento de regeneración democratizadora del liberalismo monárquico. Toda su historia es la historia del agitado proceso agonizante del liberalismo portugués, ahora en su fase final de expresión republicana.

De forma breve, podremos establecer tres cuestiones de fondo que ayudan a comprender el fracaso del primer ensayo liberal-democrático del siglo XX.

a) *El cerco social y político*

Todas ellas derivan de la realidad que Vasco Pulido Valente,²⁷ al socaire de la mitología dominante en cierta historiografía del republicanismo, destacó: el relativo aislamiento del republicanismo como fenómeno social y político minoritario en el país, y la incapacidad del nuevo régimen de romper el cerco que implicaba esta situación. Fenómeno pequeño burgués y esencialmente urbano, la República, más que triunfante, sobre todo en el mundo rural —la vasta mayoría del país—, es pasivamente consentida, gracias a la situación de casi total aislamiento en que se encontraba el régimen monárquico.

Pero el republicanismo llega al poder en un momento en que empieza a ser claro para la mayoría de las “fuerzas vivas” que la alternativa para el liberalismo monárquico no es el democratismo republicano: bien para el poderoso bloque del conservadurismo rural, bien para la élite financiera y comercial o para las fuerzas emergentes del industrialismo, la necesidad de un Estado fuerte, garante del “orden” económico y social, era una cuestión asentada. Pues, no obstante las contradicciones —especialmente las que se referían a las exactas competencias del Estado— esa defensa de un poder fuerte es lo que las llevará, de forma general, a encarar con verdadera desconfianza y hostilidad la República, y a alimentar una latente y constante actividad conspirativa contra ella.

Es bien cierto que la República y el partido que en ella representó el gran trazo de continuidad en la gobernación republicana —el Partido Democrático

²⁷ Cf. Vasco Pulido Valente, *Ibidem* y *A República Velha. 1910-1917. Ensaio*, Lisboa, Gradiva, 1997.

de Afonso Costa y después de Antonio María da Silva²⁸ intentaron siempre esforzadamente conquistar la confianza de las “fuerzas vivas”o, por lo menos, de sus sectores industriales y comerciales, tratando de convencerlas de su competencia y celo para administrar el Estado y sus intereses, cediendo a lo esencial de sus exigencias. Sucede que esa buena disposición –interpretada aún con mayor generosidad por los partidos de la derecha republicana intentaba servirse de ese apoyo para derrotar el monopolio político de los *democráticos*– tenía los límites marcados por el carácter minoritario del republicanismismo. Porque esa disposición favorable no significaba, ni podía significar, que se permitiera a las fuerzas conservadoras apoderarse, incluso por la vía legal de las elecciones, del control del sistema político, restaurando o no la monarquía, pero en todo caso marginando a los partidos y a los políticos del republicanismismo pequeño-burgués. Así, el Partido Democrático de Afonso Costa, a partir de 1913, cuando finalmente llega al gobierno y alcanza la mayoría en el parlamento, tratará de conjugar una política de activa neutralización y marginalización de las fuerzas políticas conservadoras y de sus aliados en el campo republicano, con el intento, como ya hemos señalado, de representar sus intereses en el gobierno.

Es decir, los *democráticos* intentan sobrevivir políticamente, no a través de programas de gobierno y medidas osadas de reforma –reforma agraria, reformas sociales, políticas de fomento industrial– susceptibles de consolidar su base de apoyo y sobre todo de alargarla más allá de los núcleos urbanos, minando y dividiendo a su favor el mundo rural o los sectores más modernos y tecnocráticos de las “fuerzas vivas”. Sino que, por paradójico que eso pueda parecer, procuran mantenerse, marginando y conteniendo a la derecha conservadora –para lo que el golpismo intermitente le da excelentes pretextos–, pero esforzándose al mismo tiempo por gobernar en beneficio de sus intereses objetivos.

En este sentido, la diferencia entre los *alfonsistas*²⁹ y los partidos de la derecha republicana es menor de lo que se pueda suponerse. Disconformes con el control exclusivo del poder que ejercen los *alfonsistas*, entre 1913 y 1917,

28 Desde 1920 António María da Silva sucedió en la jefatura del partido a Alfonso Costa, que se había apartado de la política partidaria y pasó a desempeñar la representación de Portugal en la Conferencia de la Paz (1919) y en la Sociedad de Naciones (1920 y 1925-26) de la que llegó a ser Presidente de la Asamblea General (marzo 1926). (N.T.)

29 Seguidores de Alfonso Costa. (N.T.)

o los *silvistas*,³⁰ (después de 1919, sobre la máquina electoral, el parlamento y los gobiernos (aún cuando se disfracen bajo la capa de ministerios de “concentración” o de “unión sagrada”, o se retiren de la escena para manipularla desde fuera), los *camachistas* y *almeidistas*,³¹ más tarde los *nacionalistas*,³² se volcaron hacia las “fuerzas vivas” y hacia el ejército con el objetivo de imponer, necesariamente al margen de la legalidad, un cambio a su favor en la dirección del gobierno. Por eso apoyan al presidente Arriaga y a la dictadura del general Pimenta de Castro, en 1915.³³ Con ese mismo objetivo de expulsar del poder a los *democráticos*, se cuelgan del golpe de Sidonio País, apelan al golpe militar del 28 de Mayo de 1926 y apoyan inicialmente a la Dictadura resultante del mismo. Pero tanto la estrategia jacobina de los *alfonsistas* como la moderación de la derecha republicana se revelarán suicidas para los destinos de la República.

En primer lugar, porque esa política no hizo sino agravar el aislamiento del republicanismo y precipitar su caída. Desde luego, y salvo coyunturas muy pasajeras y de alguna complicidad mutua –será el caso del corto período de prosperidad de los negocios de la industria, del comercio y de la banca entre 1919 y 1921–, porque la derecha conservadora no se lo agradece. Es una política incapaz de disuadir a las “fuerzas vivas” del proyecto autoritario de liquidación del liberalismo que avanza en progresiva maduración y ya tuvo u primero e importante asomo en el corto consulado *sidonista*³⁴ de diciembre de 1917 a diciembre de 1918. Las élites conservadoras podían utilizar a los partidos de la derecha republicana para minar y subvertir la “dictadura” de los *democráticos*, pero, después del *sidonismo*, quedó muy claro que la meta no era una República liberal, de orden y regenerada, sino un

30 Seguidores de António Maria da Silva. (N.T.)

31 Seguidores de Manuel Brito Camacho y de António José de Almeida que desde 1912 lideraban dos pequeños partidos moderados, segregados del PRP: respectivamente el Partido de la Unión Republicana (conocido como *unionista*) y el Partido Republicano Evolucionista (conocido como *evolucionista*). (N.T.)

32 El Partido Nacionalista vino a suceder en 1923 al Partido Liberal Republicano, que a su vez había resultado de la fusión en 1919 de los partidos *unionista* y *evolucionista*, tras la retirada de sus jefes históricos (Brito Camacho y António José de Almeida) de la política partidaria. (N.T.)

33 Tuvo lugar entre enero y mayo de 1915, y acabó siendo derribada por una nueva revolución popular en Lisboa, animada por los *democráticos*, el 14 de mayo de ese año. El Presidente de la República, Manuel Arriaga, que había promovido y sostenido el gobierno anticonstitucional de Pimenta de Castro, fue exonerado. (N.T.)

34 Relativo a Sidónio Pais que impuso una dictadura entre las fechas referidas. (N.T.)

régimen autoritario de nuevo cuño que no pasaba por la devolución del poder a la versión moderada de la execrada “política” y de los odiados “políticos” republicanos.

Después, porque, en el afán de aquietar a los medios burgueses frente a la creciente agitación obrera, los gobiernos republicanos se involucraron en una guerra permanente contra el movimiento obrero que acabaría alejándolos de ese aliado fundamental del *5 de Octubre*. Y deshecho este bloque social, privado del apoyo de buena parte de su plebe urbana, la República ya no conseguiría resistir. Si en los momentos fundamentales de la ofensiva de las derechas, los operarios aún corrieron a “defender la República” (contra los intentos de restauración monárquica en 1919, contra las maniobras y los golpes político-militares de las “fuerzas vivas” en 1924 y 1925), lo cierto es que después de sucesivas persecuciones, de asesinatos y de las deportaciones desencadenada por los gobiernos republicanos, los obreros organizados acabarán por asistir impasibles al golpe del 28 de Mayo de 1926, llegando incluso a colaborar puntualmente con él. Hostilizada sin tregua por las “fuerzas vivas”, aislada del movimiento obrero, los grandes momentos de crisis económica y política harán desertar también del republicanismo a parte de sus sectores tradicionales de apoyo entre las clases urbanas intermedias: es lo que sucede con los efectos de la Gran Guerra, en 1917, y, posteriormente, con el impacto de las medidas de revalorización del escudo y de equilibrio financiero en 1924/25. Así, cada vez más vulnerable, la República acabaría por desplomarse. Primero con la revuelta de diciembre de 1917, que dio lugar al ensayo precoz de un “autoritarismo moderno” durante el efímero consulado *sido-nista*. Después, con el movimiento militar del 28 de Mayo de 1926 que, provisto de las enseñanzas de los intentos anteriores, inaugura el proceso que llevará a cerrar definitivamente la experiencia secular del liberalismo en Portugal.

En tercer lugar, la política del republicanismo ante la derecha antirrepublicana no tuvo éxito porque, siendo algunas veces brutal, fue substancialmente inconsecuente: los republicanos querían, con alguna ingenuidad o con alguna complicidad, que el viejo mundo de los intereses económicos aceptase la República y confiase en ella, pero le negaba la posibilidad de participación política en pie de igualdad porque temía que la reacción pudiese llegar al gobierno y expulsarles del poder. Es decir, reverenciaban al viejo mundo conservador (más tarde hablaremos de la cuestión religiosa) siempre que éste aceptase la tutela de la República y del republicanismo. Nunca tuvieron el propósito de disminuir o anular a los sectores conservadores

económica o socialmente, y aún menos físicamente. Bastaba, pensaban los republicanos, contenerlos o silenciarlos políticamente.

Por eso, hablar de “terror” (aunque sea únicamente en el período entre 1910/1917) a propósito de las persecuciones políticas republicanas contra la derecha conservadora tiene poco sentido y es un evidente exceso de retórica (porque entonces ¿cómo llamaríamos a la represión de la dictadura militar y del salazarismo contra sus opositores?). La República, en el plano de los intereses civiles, no de los religiosos, no atacó la base material del conservadurismo, ni las tierras, ni los negocios, ni las propiedades; no nacionalizó, ni expropió, sino que lo dejó incólume en cuanto oligarquía económico-social.

Es cierto que, casi siempre en el rescoldo de las conspiraciones fracasadas (de las incursiones monárquicas de 1911 y 1912,³⁵ de la Monarquía del Norte de 1919)³⁶ o del derribo de las situaciones dictatoriales conservadoras (la revolución del 14 de Mayo de 1915 contra Pimenta de Castro, el fin del *sidonismo*), se desencadenan persecuciones, se producen detenciones, hay movimientos de masas inducidos para atacar periódicos, instalaciones y personas, se organizan tribunales especiales, se decretan “leyes de defensa de la República” para practicar depuraciones, a veces de grandes proporciones, en la función pública o en las fuerzas armadas. Pero no hay nunca sentencias de muerte o ejecuciones sumarias; no hay (con excepción de la Gran Guerra) censura previa en la prensa, prohibiciones permanentes de periódicos o de asociaciones políticas, ni siquiera prisiones prolongadas sin intervención de los tribunales (como habrá para los sindicalistas) o condenas severas. Después de episodios de mucha tensión, se instala una “calma chica”, se despacha a los acusados con penas suaves o se decreta una amnistía, porque de hecho el poder es débil, carece de legitimidad y, aunque no es derribado, tiene que retroceder. Se reabren los periódicos y centros políticos y se readmite a los funcionarios públicos y a los oficiales en sus lugares. En la agonía final de la República, en 1925, los conspiradores del *18 de Abril* y los de *junio*³⁷ serán simplemente absueltos por tribunales militares.

35 Lanzadas desde España en octubre de 1911 y julio de 1912 bajo la jefatura de Paiva Couceiro (célebre oficial africanista), las incursiones monárquicas contaban con una amplia red de complicidades militares y civiles en el interior del país, sobre todo en el norte. Su objetivo era provocar un levantamiento general que restaurase la monarquía. Sin embargo, fueron fácilmente derrotadas. (N.T.)

36 Entre el 19 de enero y el 13 de febrero de 1919 los realistas lograron restaurar la monarquía en el Norte, lo que dio lugar a una breve guerra civil que acabó con la victoria de la República. (N.T.)

37 Revueltas golpistas dirigidas por militares, aunque de diferente inspiración: la primera era claramente antiliberal; la segunda se orientaba más a la reforma que a la sustitución del sistema. (N.T.)

Es preciso comprender que el control efectivo del republicanismo sobre el aparato central del Estado es mucho más limitado de lo que se puede suponer. Entre 1910 y 1917, el PRP aún estando en su punto de máxima fuerza e influencia como partido del poder, tiene mayoría en el parlamento, tiene los ministros, algunos embajadores políticos (en París, Londres o Madrid), algunos directores generales, un pequeño puñado de oficiales superiores de confianza en las fuerzas armadas, la dirección del entonces reducido cuerpo policial de la Guardia Nacional Republicana (GNR), y poco más. Lo esencial de los mandos de las fuerzas armadas, de la diplomacia, de los magistrados, de los profesores universitarios, de los directores generales y altos funcionarios, es decir, el grueso de la élite político-administrativa, procedía de la monarquía y era, como es de suponer, fuertemente conservadora y hostil a la República y al republicanismo. Los republicanos no podían prescindir de ella de un día para otro, porque no la podían sustituir, porque no tenían suficiente fuerza para ello, porque también es dudoso que lo quisiesen hacer de esa forma. Por eso, la republicanización del Estado será, hasta el fin de la I República —e incluso en los programas de los exiliados—, un objetivo quimérico siempre reclamado y nunca alcanzado.

Las “fuerzas vivas”, intactas en su base material, reencontraron siempre, y con relativa facilidad, la manera de reorganizarse políticamente, de mantener o recuperar sus lugares en el aparato del Estado y, desde ellos, de multiplicar las más diversas formas de resistencia y sabotaje, de reabrir y crear su prensa, de reactivar la conspiración subversiva contra la República, con la activa colaboración de la propia derecha republicana.

La República, jacobina y anticlerical, apoyada de la “intocable” Ley de la Separación del Estado y de las Iglesias de abril de 1911, desencadenó una guerra sin cuartel contra la Iglesia Católica hasta 1917. Hizo incluso del anticlericalismo la principal divisoria de aguas y el pretexto para combatir a la derecha monárquica y católica, y hasta a alguna derecha republicana. Con tal propósito, el anticlericalismo *alfonsista* fue más allá de la importante tarea de modernización cívica, concretada en la laicización del Estado (principio de separación, divorcio, registro civil, derechos de las mujeres, enseñanza laica...), que, en efecto, también llevó a cabo. Instaló una especie de neo-regalismo republicano, dando al gobierno poder de nombrar, dimitir y castigar a los obispos, de censurar sus homilías, de fiscalizar y controlar policialmente las manifestaciones de culto, llegando a nacionalizar las iglesias y sus objetos de culto. Y respondió con mano dura a las protestas, a la desobediencia, a las críticas, a las conspiraciones, deteniendo, deportando, silenciando periódicos, humillando a los dignatarios de la Iglesia Católica, etc...

Pero fue una ofensiva dramáticamente absurda y suicida para la República. Al hostilizar y vejar, más allá de lo que la laicidad pudiese exigir, los sentimientos y creencias de la gran mayoría de la población, sobre todo del inmenso océano rural que cercaba las islas urbanas del republicanismo, el jacobinismo no solo no consiguió disminuir a los partidarios “del trono y del altar”, sino que incrementó las adhesiones a las fuerzas conservadoras antirrepublicanas sobre todo a las de las provincias (especialmente del norte y del centro). Además dio a la derecha antiliberal la importantísima bandera de la “defensa de la religión” y de la Iglesia Católica y, de esa forma, cerraba aún más el cerco contra la Lisboa “atea”, huelguista y republicana.

b) *La “dictadura” del Partido Democrático*

Otro problema central, derivado del anterior, fue el de la imposibilidad / incapacidad del republicanismo para democratizar el sistema político, en contra de lo que prometió y de haber sido ése uno de sus grandes argumentos en su período de propaganda, o sea, antes de la conquista del poder. Esta situación se explica fácilmente, pues el republicanismo y su Partido Democrático, siendo una realidad social y políticamente minoritaria en el conjunto del país, están cada vez más aislados y por eso se oponen (en este caso también con el apoyo de los partidos republicanos conservadores) a la profundización y el refuerzo de la transparencia y de la representatividad del sistema político, por miedo a ser expulsados del poder o marginados políticamente.

Se llegaba así a una situación curiosa: a su derecha el Partido Democrático deseaba demostrar capacidad de gobernar en interés y en nombre de las “fuerzas vivas”, pero para poder hacerlo tenía que impedir la llegada al poder de los partidos que tendiesen a asumir esta representación, especialmente los partidos de la derecha republicana que a ello se postulaban. Contra esa competencia a su derecha, sobre todo en el rescoldo de los golpes y conspiraciones abortados procedentes de ese sector, el jacobinismo *alfonsista* lanzará a sus milicias civiles (Hormiga Blanca, Voluntarios para la Defensa de la República, etc.), asaltando las sedes de los periódicos y de los partidos, deteniendo e intimidando, o agitando la Ley de Separación de las Iglesias y el Estado en persecuciones político-religiosas que perseguían el objetivo de mantener, por medios ajenos al sufragio electoral, el monopolio y el control del poder, alcanzado entre octubre de 1910 y 1913.³⁸

³⁸ En 1913, hubo elecciones parciales que dieron la mayoría parlamentaria al Partido Democrático.

Lo mismo sucedió a su izquierda: ante la creciente oposición obrera, que creció en proporción al descontento con la República, está adoptó medidas, en ocasiones extremadamente violentas (disparos contra los manifestantes, deportaciones sin juicio, persecuciones a la prensa, asaltos a los sindicatos, detenciones generalizadas, etc.), buscando no solo bloquear la participación/competencia de los obreros en la vida política, sino especialmente demostrar a las “fuerzas vivas” su capacidad para “mantener el orden” de gestionar el Estado contra los que querían subvertirlo.

La I República va a mostrarse doblemente incapaz de establecer una alianza estable con el obrerismo organizado, donde el anarco-sindicalismo era preponderante. Porque no solo no cumplió, si no que se saltó algunas de las promesas esenciales de la propaganda, cuando procuraba atraerse al proletariado para que fuese la tropa de choque que implantase la República, sustrayéndolo a las reticencias y resistencias de los socialistas y de los libertarios. No adoptó el sufragio universal –lo que excluía del voto y de la participación en las instituciones a amplísimos sectores del proletariado que era analfabeto–, equiparó el *lock out* al derecho de huelga, continuó con la prohibición del reconocimiento legal de la confederación sindical, y tras la huelga de los trabajadores de conservas de Setúbal, en 1911, envió regularmente al ejército en contra de las reivindicaciones obreras, denunciadas siempre, a partir de ahí, como instrumentos de la subversión monárquica y clerical. Con excepción del paréntesis tranquilo entre 1914 y 1916 (en este último año surgió la Unión Obrera Nacional), entre 1911 y 1917 se vivirá un verdadero clima de guerra social entre el jacobinismo *afonsista* y el movimiento obrero, no dudando el poder político republicano en recurrir a las formas más extremas y menos legales de violencia anti-social, especialmente en 1917, cuando los efectos sociales y políticos de la participación portuguesa en la Gran Guerra tuvieron graves repercusiones en las condiciones de vida de los sectores populares de las principales ciudades.

Por otro lado, la República, especialmente en esta primera fase, hasta 1917, a pesar de la retórica socializante de Alfonso Costa y de otros tribunos, o de la genuina preocupación de algunos escasos dirigentes del PRP, no esbozó cualquier proyecto de política social. Incluso el intento de hacer del Partido Socialista una fuerza de encuadramiento y contención del radicalismo obrero no resistió a la total insensibilidad del republicanismo ante la cuestión social. Hasta 1917, los obreros sufrieron de los republicanos en el poder los efectos recesivos de la política de equilibrio presupuestario de

Alfonso Costa, la represión de cualquier reivindicación salarial u otra, las prisiones sin juicio, el hambre y las enfermedades agravadas como consecuencia de las privaciones derivadas de la entrada en guerra, la movilización para las trincheras en un conflicto mundial que no les importaba nada y, encima de todo esto, la negación del derecho de voto a los analfabetos, es decir, a la mayoría de ellos.

Este aspecto merece una atención particular, porque dejaba fuera del sistema político, fuera de cualquier política de integración o de concertación social a la mayoría de los obreros organizados y a su movimiento sindical. Este planteamiento parecía dar razón a la postura anarcosindicalista en contra de la participación electoral, la “política” y los “políticos” considerados como expresiones del mismo mal y del mismo enemigo que explotaba a los proletarios.

La negativa a contar con la participación política de los obreros tendría un elevado coste para la República y para el Partido Democrático: el proletariado organizado iría radicalizando su lucha y colocándose al margen del sistema liberal y, progresivamente, en clara ruptura con la República. Y ésta no resistiría tal división.

La acción represiva a derecha e izquierda se escoraba en el mantenimiento de un sistema político institucional y electoral que, contrariando las promesas republicanas, no aportaba ninguna democratización significativa.

Después de las elecciones de 1911 para la Asamblea Constituyente, con la ley electoral de ese año que fue la que más amplió el derecho de voto durante la I República, el nuevo régimen se enrocó y prefirió no correr riesgos en las urnas.

Según esta ley electoral tenían derecho a voto quienes cumplieran el requisito de no ser analfabeto, con excepción de los cabezas de familia que aunque lo fueran sí que podían votar. Eso significó que en 1911 cerca del 56% de la población masculina con más de 21 años podía inscribirse en el censo electoral, pero sólo el 17% de esta ejerció su derecho de voto (lo que significaba que apenas votó el 4% de la población total y sólo el 14% estaba inscrita). Con la ley electoral de Julio de 1913, ya con Alfonso Costa como jefe del gobierno, tras las incursiones monárquicas de 1911 y 1912 y en medio de una creciente ola de inestabilidad y de conspiración, se reforzó el síndrome defensivo de los republicanos, lo que restringió la legitimidad electoral. La población censada en 1913 representaba apenas el 26% de la población

masculina mayor de edad (6,6% de la población total) y de ésta no votaría más del 10% (¡2,5% de la población total!).³⁹ La ley de julio de 1913 volvía a restringir el derecho de voto a los que supiesen leer y escribir, decretaba una larga lista de inelegibles (magistrados, varias categorías de altos funcionarios públicos, sacerdotes, oficiales de las fuerzas armadas en las circunscripciones donde ejerciesen su mando), reflejando la desconfianza del jacobinismo en la élite del Estado y de las fuerzas armadas,⁴⁰ y creaba un complejo sistema para inscribirse en el censo electoral, con el objetivo de dificultar su acceso a los electores rurales o, de forma más general, a todos aquellos refractarios al Partido Democrático. Sin alterar el régimen censitario (sólo con el *sidonismo* la ley electoral de 1918 reconocerá el sufragio universal masculino para los mayores de 21 años) la tercera ley electoral republicana, de 1915, reduce la lista de los no elegibles y simplifica el proceso de inscripción al censo. Aunque aún así, aquel año sólo el 31% de los hombres con más de 21 años podrán votar (8% de la población total) y sólo cerca del 19% votarán. El sistema electoral bajo la I República, en su afán de restringir aún más los niveles de participación de lo que lo hizo la monarquía, no era representativo y padeció un claro déficit de legitimidad. Y tampoco permitía el pluralismo.

Efectivamente, el Partido Democrático, principal heredero de la máquina electoral y de los caciques de los partidos monárquicos, pasó a fabricar los resultados electorales, sólo que ahora sin alternancia: ganará sin sorpresas cinco de las seis elecciones parlamentarias convocadas durante la I República.⁴¹

El monopolio político del PRP, la llamada “dictadura del Partido Democrático”, se convirtió en indestructible por la vía electoral: sólo cedió el gobierno por la fuerza, a través del golpe militar o ante el riesgo de que éste se produjese. Y cuando es desalojado del poder por ella, normalmente también lo recuperará por la fuerza. Estaban creadas por tanto las condiciones para la inestabilidad política y para la amenaza permanente del sistema: del 5 de Octubre de 1910 al 28 de Mayo de 1926, la I República conocerá 45 gobiernos y 29 intentos revolucionarios.

39 Pedro Tavares de Almeida, *ob. cit.*

40 Vasco Pulido Valente, *ibidem*, e *A República Velha: 1910-1917: Ensaio*. Lisboa Gadiva, 1997, p. 43 y ss.

41 Sobre el proceso de deslegitimación de la I República, cf. Fernando Farelo Lopes, *Poder Político e Caciquismo na I República Portuguesa*, Lisboa, Estampa, 1994.

c) *La inexistencia de un “proyecto nacional” republicano*

Finalmente el republicanismo se mostró incapaz de definir un “proyecto nacional” propio, susceptible de aglutinar, bajo su hegemonía, un bloque social y político estable y viable a largo plazo. Los intentos de conseguirlo por parte de la izquierda republicana, que se separó del PRP en la posguerra, pecarán de tardíos y de ser políticamente débiles.

Tal vez por la debilidad ideológica y la inestabilidad de su base social, el republicanismo en el poder primó siempre la “cuestión política”, es decir, las reformas que perseguían su control del Estado y de las instituciones, sin demostrar ninguna preocupación programática sistematizada –más allá de medidas puntuales y generalmente no aplicadas– en el ámbito económico y social.

Su acción de gobierno fue una lucha desesperada por la supervivencia, por la defensa del poder (contra las facciones republicanas concurrentes, contra los monárquicos y contra la conspiración autoritaria), hecha esencialmente mediante la gestión de un día a día lleno de crisis y presiones, sin una estrategia de fondo coherente y visible, balanceándose a tenor de la coyuntura. Lo que hace que la I República aparezca como un período histórico destinado a ser la transición “hacia otra cosa”.

Es cierto que algo cambió en el panorama político de la posguerra, a partir de la derrota del *sidonismo*, de las aventuras restauracionistas de Monsanto⁴² y de la Monarquía del Norte y después de la reposición de la Constitución de 1911. Teniendo como telón de fondo la ola revolucionaria internacional desencadenada con la revolución rusa y un nuevo período de intensa agitación obrera en Portugal, a partir de 1919 hubo también cambios relevantes en el campo del republicanismo.

Efectivamente, es en el rescoldo de la Gran Guerra y al margen o en contra del viejo PRP cuando emerge, por primera vez, lo que se puede considerar una izquierda republicana. El Partido Democrático se consolida como un partido centrista, conservador, interlocutor privilegiado de los grandes intereses de nuevos y viejos ricos, plácido y ordenado, y liberado de los sectores más populares y anticlericales. Lejos del carisma y del magnetismo del liderazgo de Alfonso Costa, que vive en París, el PRP es tutelado –ahora que los

⁴² Sierra contigua a Lisboa, donde los monárquicos trataron en vano de hacerse fuertes (21 de enero de 1919) para secundar a la insurgencia que el día 19 había triunfado en Oporto. (N.T.)

jefes históricos del republicanismo se retiraban de la primera línea política—por un plantel de bonzos solemnes y respetables capitaneados por un ex carbonario, ex “independiente” y *compagnon de route* de los democráticos, conspirador experimentado y eficaz maniobrero entre bastidores: el ingeniero Antonio Maria da Silva.

Del PRP surge, aunque de forma dispersa y grupuscular, el fenómeno políticamente nuevo de una izquierda republicana. Se trata de un conjunto de pequeños grupos políticos nacidos en la posguerra de escisiones del PRP o externos a él (el Grupo Popular, el partido de Álvaro Castro —después de una breve digresión por el nacionalismo republicano—, el Partido Radical, la Izquierda Democrática, los intelectuales de *Seara Nova*) que se reconocen en un programa político, económico y financiero razonablemente coherente.

Mantienen una alianza inestable con los partidos o los sindicatos obreros (el Partido Socialista, la anarco-sindicalista Confederación General del Trabajo, el joven Partido Comunista Portugués), pero tienen en la Armada y en la GNR su brazo militar y polarizan, por la izquierda, la oposición y la alternativa al proyecto antiliberal, autoritario y anticonstitucional de las derechas conservadoras. Pasan caóticamente por el poder hasta la “noche sangrienta” de 19 de octubre de 1921.⁴³ Pero entre diciembre de 1923 y febrero de 1925, un “bienio radical” de 15 meses, en los sucesivos ministerios de Álvaro de Castro, Rodrigues Gaspar y José Domingues dos Santos, intentan llevar a la práctica su política económica y financiera para aliviar la crisis que el país atravesaba.

La izquierda republicana pretendía un equilibrio presupuestario —y daría a partir del gobierno de Álvaro de Castro pasos decisivos en ese sentido—, basado en una reforma fiscal que reforzaba el incremento paulatino de los impuestos directos sobre los rendimientos y beneficios de guerra; quería fijar los precios de los bienes de primera necesidad; establecer el control estatal sobre el comercio externo, el mercado financiero y la actividad bancaria (para combatir el déficit comercial y la especulación contra el escudo y estabilizar el valor de la moneda); ensayaría, en sucesivos y fracasados intentos entre 1920 y 1925, una reforma agraria en los campos del sur (especialmente los

⁴³ Esa noche, la del mismo día en que triunfó un golpe de signo izquierdista (“radical”), aunque sin cualquier relación directa con el mismo, fueron masacradas varias personalidades republicanas, entre las cuales estaban el presidente del gobierno derribado, António Granjo, y el fundador de la República, Machado Santos. (N.T.)

proyectos de Mario de Azevedo Gomes, en el gobierno *alvarista*⁴⁴ de 1924, y de Ezequiel de Campos en el ministerio “izquierdista” de José Domingues dos Santos del año siguiente) y esbozaría una política de reformas sociales (aunque la mayoría nunca pasase del enunciado): ley de las 8 horas de trabajo y de los seguros sociales en 1919, viviendas sociales, ley sobre los alquileres (1925), legalización de la CGT y amnistía para los presos políticos (1925), limitación de la represión antisindical (dimisión del controvertido teniente coronel Ferreira do Amaral, jefe de la policía, por el gobierno de J. Domingues dos Santos; condena de los abusos de la GNR por el jefe del gobierno, lo que provocó su dimisión).

Pero el reencuentro del republicanismo con un proyecto nacional de gobierno de izquierda, en contraste con el centrismo acomodaticio del PRP que dominaba la vida política o con la incuestionable conspiración de las derechas autoritarias, tenía graves e insuperables dificultades.

Llegaba tarde y sobre todo era grupuscular y disperso. Nunca se transformó en una fuerza política cohesionada y con representación parlamentaria suficientemente relevante que le diese autonomía. Esta situación situaba a los grupos de la izquierda republicana y a sus gobiernos completamente en las manos de la permanente mayoría parlamentaria del PRP (excepto entre julio de 1921 y enero de 1922). El PRP los dejaba gobernar cuando no le convenía hacerlo, pero los hacía caer cuando entendía que era el momento de regresar al poder. Precisamente en febrero de 1925, con el pánico a las reacciones de la derecha ante la “epilepsia bolchevique” del gobierno radical, el PRP derribó el gobierno “izquierdista” iniciando una política sistemática de destrucción de su obra política y financiera y de concesiones a los medios conservadores con el objetivo de poder detener el golpe militar que se preparaba, a pesar de que con ello le facilitó su éxito.

Los grupos y partidos que componían la izquierda republicana tenían otras vulnerabilidades: varios de ellos evidenciaban una trayectoria contradictoria y zigzagueante entre la izquierda y la derecha, y viceversa, al socaire de los intereses políticos de sus jefes, a veces individuos de personalidad fuerte y de indiscutible estatura intelectual (como Cunha Leal o Álvaro de Castro), que siempre dificultó que hubiese una corriente político-ideológica estabilizada en torno a programas, pautas de comportamiento y dirección estables.

⁴⁴ De Álvaro de Castro. (N.T.)

Por otro lado, siendo este polo radical una especie de reconstrucción del bloque social y político del *5 de Octubre*, ahora una alianza entre el republicanismo de izquierdas, la élite radical de las clases medias, los trabajadores de los servicios y el activismo político y sindical obrero (Partido Socialista, PCP⁴⁵ y CGT⁴⁶) no siempre este frente popular urbano *avant la lettre* se mostró cohesionado y estable. Es cierto que las “jornadas antifascitas” de febrero de 1924 en defensa del gobierno *alvarista*, o las movilizaciones populares de la Unión de los Intereses Sociales en apoyo del amenazado gobierno de J. Domingues dos Santos en febrero de 1925, y contra la Unión de los Intereses Económicos (el brazo político de las asociaciones patronales) mostraban el apoyo de los medios populares de Lisboa y de otras ciudades a la izquierda republicana, aunque ya en una posición claramente defensiva. Pero no siempre fue así. El crecimiento del terrorismo social o del deterioro de la vida política llevaría a los gobiernos radicales (como el de A. de Castro) a recurrir a las deportaciones sin juicio de sindicalistas acusados de pertenecer a la Legión Roja, mientras que el Partido Radical y el PCP tuvieron tentaciones *putschistas*. Sobre todo después de la caída del gobierno “izquierdista” y con el regreso del PRP al gobierno, en 1925/26, el bloque radical se rompió y se dispersó, y entonces algunos de estos grupos y de sus dirigentes participaron en el golpe del 28 de Mayo de 1926. Pero este bloque político-social radical, reconstituido bajo la dictadura militar, será la base de la persistente resistencia revolucionaria en los grandes centros urbanos (y hasta en las islas) entre 1927 y 1931.

De esta forma, los escasos momentos de la I República en los que parece definirse un esbozo de política económica y financiera coherente (equilibrio presupuestario de Alfonso Costa en 1913, la “obra radical” de diciembre de 1921 a febrero de 1925), no poseen ni continuidad, ni posibilidad de articulación con otros objetivos y medidas, ni siquiera una seria concreción, puesto que se pierden en el vértigo de la inestabilidad política y gubernativa, tragados por las sucesivas caídas de los gobiernos o por un pronunciamiento militar. Y lo que más se asemejó a la formulación de una cierta idea del “papel de Portugal en el mundo” y de los medios para alcanzar ese fin fue la política intervencionista en la I Guerra Mundial, que se tradujo en una típica y suicida manifestación del voluntarismo republicano que, paradójicamente,

45 Partido Comunista Portugués. (N.T.)

46 Confederación General del Trabajo. (N.T.)

pretendía regenerar Portugal mediante una audaz diplomacia –ideológica– pero a costa del sacrificio de la inmensa mayoría del país para la que la guerra no pasaba de ser una matanza absurda. La República guerrera juzgó encontrar en el conflicto una forma de sobrevivir en el poder sin cambiar nada esencial, sin tocar los factores estructurales que condicionaban la dependencia y el atraso del país. La intervención así concebida y ejecutada, con su cortejo de dramáticos efectos económicos, sociales y políticos, agudizaría todas las dificultades y contradicciones del régimen, precipitándolo en una crisis a la que, en última instancia, no sobreviviría.

En realidad, el *sidonismo* triunfante en el duro pronunciamiento militar del 5 de diciembre de 1917 contra el gobierno democrático del PRP, expresión del profundo descontento popular por la intervención en la guerra, no se era como un mero paréntesis en la vida de la I República. Fue el primero y premonitorio intento de superar el republicanismo a través de un nuevo tipo de dictadura antiliberal que el régimen de Sidonio Pais esboza contradictoria e incipientemente. Las derechas portuguesas no tenían, ni podían tener aún, la experiencia de lo que era un proceso de concertación y de unificación política e ideológica necesarias no sólo para tomar el poder –lo que se había hecho el *5 de Diciembre*–, sino sobre todo para mantenerse en él e iniciar la transición hacia un régimen autoritario y antiliberal con nuevas connotaciones. Del fracaso del *sidonismo* el salazarismo sacaría buenas lecciones. Sidonio no consiguió mantener unida en torno a un programa común a la fronda social y política que le llevó al poder. Dejó que entre sus partidarios se instalase la fatal división sobre la “cuestión del régimen”; dejó alejarse a la derecha republicana, que inicialmente le había apoyado, hacia el campo hegemónico por el PRP, y permitió la conspiración restauradora de muchos de sus sostenedores monárquicos, especialmente de los oficiales de las Juntas Militares. Después de su muerte, el 14 de diciembre de 1918, se rompió el tenue lazo que aguantaba a la “República Nova” y se desencadenó la guerra civil polarizada por los intentos revolucionarios republicanos del 10 de enero de 1919, en Lisboa, Santarem y Covilhã, con el objetivo de prevenir la aventura restauracionista de la “Monarquía del Norte”, a partir de Oporto, secundada por el pronunciamiento de Monsanto, a las puertas de Lisboa (respectivamente 19 y 21 de enero de 1919).

Separados los campos y produciéndose el enfrentamiento en las dos principales ciudades del país, el resultado se adivinaba. La plebe urbana se decidió a favor de la “República Vieja” y en contra de la monarquía. En Oporto, las masas secundaron el pronunciamiento de la GNR y en Lisboa arrastraron

a los marineros y a otras unidades del Ejército en el asalto a Monsanto. El republicanismo, nuevamente hegemonizado por la implacable máquina político-electoral del PRP, regresaba al poder aupado por el pueblo, como sucedió en 1910.

Pero el terrible impacto económico, social y financiero de la aventura intervencionista en la Gran Guerra, permaneció como una herencia infranqueable durante la posguerra. Con la crisis económica de 1921, que acabó con el cortó y artificial *boom* de 1919/21, se instala la hiperinflación, la desvalorización galopante del escudo, el descalabro de la balanza comercial, el aumento aplastante de la deuda externa, las quiebras, el desempleo, la desvalorización real de los salarios, la crisis de subsistencia y, de resultas de todo ello, la inestabilidad política y a la agitación social.

No se puede decir que en el campo republicano, como hemos visto, no hubiese respuestas coherentes a la crisis de fondo que sacudía la República liberal. Lo que no había era fuerza política y militar para aplicarlas. Esta fuerza ya estaba del otro lado. Al fracaso de la experiencia republicana sucedería un largo ciclo de autoritarismo antiliberal y antidemocrático.

2.1.2 La “rendición del liberalismo”

Es cierto que a semejanza de lo que ocurre en otros países europeos antes de la llegada al poder de los movimientos fascistas, en Portugal se produce también ese fenómeno de la “rendición” política e intelectual de las elites liberales a los valores del nacionalismo autoritario, siempre en nombre de la excepcionalidad de la crisis que barría el país y de la perentoria necesidad de medidas excepcionales para la “salvación nacional”.

Manuel Villaverde Cabral⁴⁷ y Farelo Lopes⁴⁸ han estudiado la expresión política e ideológica de esa capitulación intelectual en el grupo de *Seara Nova*.⁴⁹ El primero de estos autores piensa que el fenómeno fue más profundo en Portugal que en otros países de la Europa del Sur, y relaciona lo que él considera un consenso generalizado de las elites intelectuales en torno al advenimiento del autoritarismo a finales de los años veinte con diferentes

47 Manuel Villaverde Cabral, “The Seara Nova Group (1921-1926) and the Ambiguities of Portuguese Liberal Elitism” in *Portuguese Studies*, 4, 1988. pp. 181-195.

48 Fernando Farelo Lopes, “A Rendição da Cultura Liberal”, in *Análise Social*, 64, 1980. pp. 799-809.

49 Organizado en torno a la célebre revista de ese nombre fundada en 1921. (N.T.)

factores estructurales. Entre ellos, desde luego, el atraso económico y cultural portugués, que limita los recursos materiales y simbólicos de opciones alternativas frente a las presiones sobre un sistema en crisis. Pero también lo relaciona con el limitado grado de diferenciación social y cultural de las elites, lo que restringe las posibilidades de sus opciones políticas, y con su carácter altamente oligarquizado en un país abrumadoramente analfabeto, lo que las separa radicalmente de la gran y excluida mayoría del pueblo portugués.

A pesar de la importancia y pertinencia de esta forma de abordar la cuestión, yo tendería a considerar, por un lado, que el fenómeno de la “rendición liberal” fue mucho más extenso de lo que el ejemplo estudiado deja entrever, a pesar de la importancia decisiva que el mundo de *Seara Nova* asumía como creador de opinión y de liderazgo intelectual en una buena parte del campo republicano. Por otra parte, es evidente que pasado el corto consenso inicial que unió a las izquierdas republicanas y hasta a algunos sectores del sindicalismo en lucha (y a veces en la conspiración) contra el gobierno de Antonio María da Silva —más que contra el liberalismo republicano—, esa parte de la elite republicana junto a lo que quedaba del activismo popular republicano y del movimiento obrero organizado, emprendió una dura y prolongada lucha política y militar contra la Dictadura, centrada en las grandes ciudades o en las islas adyacentes. Una guerra civil larvada con centenares de muertos y millares de heridos, presos y deportados que se consumió en cinco tentativas revolucionarias efectivamente salidas de la calle para derribar la Dictadura entre 1927 y 1933. En realidad, en Portugal el liberalismo representado por la izquierda republicana a la que se alió el movimiento obrero, puesto que estaba desmarcándose del atolladero de la “República vieja”, acabó vendiendo su vida mucho más cara de lo que muchas veces se insiste en afirmar tras la fácil pero equívoca victoria del *28 de Mayo*.

Es cierto que la tentación *seareista* y sobre todo, *sergiana*⁵⁰ por la “dictadura transitoria” y de “competencias”, por el corporativismo antiparlamentario y por el “terremoto brusco y virtuoso” del que hablaba Ezequiel de Campos (otro colaborador de *Seara* que después se pasa a las filas del salazarismo) tuvo un importante papel simbólico e intelectual, a pesar de su corta

50 Cf. António Reis, *Raul Proença: Biografia de um Intelectual Político Republicano*. Lisboa, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, 2003. (*sergiana*: relativo a António Sergio, que fue uno de los fundadores de la *Seara Nova* y de los más emblemáticos intelectuales del XX portugués con marcada intervención política. N.T.)

duración en el tiempo. Pero la verdad es que en la derecha republicana esa “rendición” a la Dictadura y después al *Estado Novo*, adquirió tintes generalizados, tanto entre los dirigentes de los partidos nacionales, como de forma especial entre las elites locales. Los “mariscales” del Partido Nacionalista (PN) y de la Unión Liberal Republicana (ULR) apelaron pública y explícitamente en la prensa, en mítines y conferencias e, incluso, en el parlamento, a la Dictadura y al golpe militar: Conspiraron activamente con los militares para llevarlo a efecto, y mantuvieron con relación a la Dictadura Militar ya implantada relaciones continuas de apoyo, cooperación y negociación con su sector republicano conservador. En esta postura fueron secundados hasta 1930 por los llamados “bonzos” no exiliados del PRP (António Maria da Silva, Marques Guedes, Velinho Correia). Además, esa derecha republicana tendrá un papel fundamental en la atracción hacia el pronunciamiento de varios jefes militares republicanos conservadores y masones que estaban cercanos políticamente a sus posiciones: Óscar Carmona, Abílio Passos e Sousa, Mendes Cabeçadas, Farinha Beirão, Vicente Freitas, Ivens Ferraz, Júlio Morais Sarmiento, Quintão Meireles, Costa Ferreira, etc. Todos ellos son los que acaparan los gobiernos de la dictadura militar hasta enero de 1930, momento a partir del cual la corriente salazarista comienza a invertir la relación de fuerzas a su favor.

Pero esta derecha republicana va a jugar un papel decisivo no sólo durante el advenimiento de la dictadura. Ciertamente es que el ascenso de Salazar y el endurecimiento creciente de la dictadura a partir de 1930/31, van a lanzar hacia el campo del *reviralhismo*⁵¹ a varios dirigentes republicanos conservadores desilusionados –es el caso de Cunha Leal después de su encontronazo con Salazar en diciembre de 1929 y de varios militares del *28 de Mayo* próximos a él (Ribeiro de Carvalho, Cunha Aragão, Utra Machado). El hecho es que la mayoría del personal político de ese “republicanismo moderado”, sobre todo el conjunto de caciques regionales y locales, aunque no sólo ellos, se pasará en masa al nuevo partido único, la Unión Nacional (UN) y, por ende, prestarán su apoyo al *Estado Novo*.

El entorno cercano a Cunha Leal en la Unión Liberal Republicana (ULR), muy especialmente el célebre grupo de Coimbra –Bissaia Barreto, Albino dos Reis, Mário Pais de Sousa, Manuel Rodrigues– a los que se unen Duarte

51 Término muy frecuente en la época referido a la estrategia *putschista* de las oposiciones a la dictadura, para significar una inversión completa y rápida de la situación política. (N.T.)

Pacheco (también cercano a la URL), y figuras como Júlio Dantas del partido Nacionalista (PN) o Vasco Borges (del PRP) van a jugar un importante papel en la estructuración de la alianza entre las diferentes derechas con el fin de crear una plataforma política capaz de edificar el nuevo régimen. Incluso buena parte de estos hombres desempeñarán importantes responsabilidades en la cúpula del *Estado Novo* o de la Unión Nacional. Muchos de ellos terminan por afirmarse como el personal político o como simples consejeros personales, de la más íntima confianza de Salazar, formando parte de su círculo de privacidad más restringido durante largos años.

Con todo, tal vez su papel más importante y decisivo en el ascenso de Salazar se juega entre los jefes militares republicanos de las fuerzas armadas, al ofrecerles las garantías políticas e institucionales suficientes para convencerles de la necesidad de aceptar la entrega del poder a la coalición política liderada por el profesor de Coimbra. Ese acuerdo informal constituido entre 1932 y 1934, en el que actúa como intermediario excepcional el presidente de la República, general Carmona (antiguo ministro de un gobierno del Partido Nacionalista y masón, apoyado en la elección presidencial de 1928 por los partidos del centro y la derecha republicana), garante del mantenimiento formal de ciertos trazos institucionales de cariz liberal en aspectos fundamentales de la Constitución de 1933, confiere a las fuerzas armada el papel de máximo “tutor” político y moral de la “Revolución Nacional”. Además, les asegura la continuidad en la dirección en la cartera de Defensa a militares de la “confianza del ejército”, esto es, del ala liberal conservadora, y les promete su modernización y reequipamiento a corto plazo. A cambio, los militares vuelven a los cuarteles y entregan el poder político a Salazar, a quien pasan a apoyar como jefe del nuevo régimen. Pero incluso así, Salazar sólo consigue hacerse personalmente con la cartera de Defensa en 1936, en el marco de la guerra civil de España, lo que le permite iniciar las reformas de 1937/38 a través de las cuales remueve a la vieja oficialidad republicana y pone el poder militar en manos de oficiales más jóvenes y de su entera confianza, pues son cuidadosamente escogidos por Santos Costa.⁵² Con el ejército domesticado y flanqueado por las milicias, el régimen puede respirar durante algún tiempo.

52 Cf. Telmo Faria, *Debaixo de Fogo: Salazar e as Forças Armadas, 1935-1941*. Lisboa, Edições Cosmos/IDN, 2000. (El capitán Santos Costa sería desde entonces el gran instrumento y referente del sometimiento de las fuerzas armadas a la dictadura de Salazar. En torno a su figura vendría a cristalizar en las décadas siguientes la corriente política de la ortodoxia salazarista. N.T.)

2.2. LAS DERECHAS DE LA DERECHA ANTILIBERAL. LAS CINCO FUENTES DEL SALAZARISMO

Es hora de abordar un segundo gran ámbito de opciones alternativas, el de la derecha política y social que genéricamente puede definirse como un autoritarismo antiliberal.

A pesar de su carácter complejo y diversificado, todos comulgaban con un patrimonio ideológico esencial, en el que se entrecruzan fuentes de la tradición doctrinaria contrarrevolucionaria y legitimista del siglo XIX portugués, la nueva doctrina social de la Iglesia Católica posterior a la encíclica *Rerum Novarum* y la ineludible influencia del carlismo español o del neotradicionalismo de la *Action Française* a pesar, en este último caso, de su vertiente agnóstica. La derecha antiliberal rechaza decididamente la herencia política e ideológica de la Revolución Francesa, a la que responsabilizaban de la decadencia política, moral y material a la que el liberalismo había conducido a la nación.

Buscaba también un camino de regeneración, de reinicio, de “reencuentro de la nación consigo misma” y con la representación que (aunque de forma distinta) daba de su pasado de grandeza. Pero lo buscaba a través de la negación autoritaria del liberalismo. Por eso, negaba el individualismo, esto es, la idea del individuo como titular de derechos y deberes como base de la legitimidad y de la construcción del poder político. Negaba la teoría de la soberanía popular, el parlamentarismo, el liberalismo y la democracia en general. Frente al individuo desagregado, arrancado de sus comunidades naturales de pertenencia y por eso, fácilmente dirigido como ganado por ciertos cabecillas hacia la antinatural conflictividad de clases, hacia el sufragio ciudadano, hacia el “fraude de la urna” o hacia el “desorden parlamentario”, oponía las realidades permanentes e inmutables de la “nación orgánica” como verdadera fuente de legitimidad y el corporativismo como su traducción político-institucional. Al desorden de la libertad oponía el orden de un régimen fuerte, aunque naturalmente limitado por las libertades tradicionales los derechos de las personas y por la moral cristiana.

Pero no todo era idéntico entre las derechas de la derecha portuguesa de la época. En realidad, como veremos más adelante con detenimiento, el autoritarismo conservador que marca profundamente a la gran mayoría de las derechas nacionales —y que cristalizará organizativamente poco después de la proclamación de la primera República en el Integralismo Lusitano y en el

Centro Católico como fuerzas principales— es un fenómeno político e ideológico de típica reacción conservadora a la modernidad. Esto es, de reacción a las transformaciones económicas y sociales, a la progresiva (aunque regionalmente localizada) masificación de la política, al peligro de la revolución social y a las amenazas del desarrollo técnico e industrial sobre un mundo rural tradicional considerado exponente mítico de los valores de la “raza”.

En esto, lo que por otra parte no es poco, se distinguía del autoritarismo modernizante de matriz *martiniana* con sus soluciones corporativas, autoritarias y cesaristas, su teoría fundadora de la concepción del dictador carismático moderno y su elitismo cientificista. Una ruptura política e institucional con el liberalismo parlamentarista, la apología de un poder político fuerte e independiente, aunque al servicio de un proyecto de “vida nueva” asentada en un nacionalismo económicamente protector del desarrollo industrial y, sobre todo, en un proyecto neofisiocrático de fomento rural y reforma de la propiedad en la que se encuentran las bases de los futuros proyectos de reforma agraria que se desarrollan a lo largo del siglo XX portugués. A pesar de que esta derecha modernizante nunca había tenido entre nosotros una traducción política organizada, va a inspirar una corriente tecnocrática, aquélla a la que en otro lugar he llamado una *derecha de realizaciones*, desdoblada en cuanto a sus estrategias esenciales de desarrollo económico del país tanto hacia el reformismo agrario neofisiocrático como hacia el industrialismo.⁵³

Será esta derecha la que hará la apología del Estado fuerte y estable, tanto política como financieramente, al considerarlo condición *sine qua non* para el progreso material. En términos políticos, optará por el apoyo a la dictadura y por la colaboración al más alto nivel (en las carteras de Economía, Industria, Agricultura y Obras Públicas), con el *Estado Novo*, considerado como solución política y financiera indispensable para el desarrollo económico del país, inspirado y orientado por los “ingenieros”.⁵⁴ Como ya previera Oliveira Martins, frente a los desórdenes del liberalismo sería la derecha política la que llevaría durante mucho tiempo la bandera del desarrollo económico.

Esta prioridad concedida a la “técnica”, a la “ciencia” y al desarrollo material dará a esta derecha tecnocrática —en la cual, andando el siglo XX, sobresaldrán

53 Cf. Fernando Rosas, *Salazarismo e Fomento Económico*. Lisboa, Editorial Notícias, 2000.

54 *Idem, ibidem*. p. 38 y ss.

nombres emblemáticos del “ingenierismo” como los de Ezequiel de Campos, Ferreira Dias, Duarte Pacheco o Araújo Correia— otra concepción menos ideológica de las causas de la “decadencia nacional” y un remedio diferente para superarlas, lo que es lo mismo que decir que marcará su nacionalismo con un contenido económicamente modernizante y claramente distinto del nacionalismo regresivo y volcado hacia el pasado de los integralistas. En vez de acudir a la glorificación hagiográfica de navegantes, santos y caballeros, a la gesta heroica y evangelizadora de los descubrimientos o a ese mundo mítico y estático del Antiguo Régimen abruptamente roto por el liberalismo, Oliveira Martins y sus discípulos y continuadores (que se adentran por el campo republicano como es el caso de Basílio Teles o António Sérgio) responsabilizan al “desvío mercantilista” y “parasitario” originado por la expansión y al predominio del “transporte” sobre la “fijación” de la desagregación económica, social y política de la nación, males que, sin duda, el liberalismo no consiguió corregir, sino que acabó agravándolos fatalmente. Pero nuevamente, al contrario que los integralistas, entendían que la solución no estaba en una especie de regreso utópico al Antiguo Régimen, sino en una solución política de autoridad apoyada por las elites tecnocráticas, por la capacidad y competencia de éstas, en una “revolución desde arriba” que diera lugar a la regeneración mental, económica y social modernizante de la que el país carecía. Quiere esto decir que de las entrañas mismas de la crisis del liberalismo, e incluso que desde dentro mismo del campo doctrinario de rechazo autoritario, antidemocrático, nacionalista y corporativista del sistema, emergían dos tipos diferentes de respuestas que expresan estrategias sociales, económicas y culturas distintas. Por un lado, el autoritarismo conservador, representado de forma emblemática por el Integralismo Lusitano, una especie de “mitificación del pasado” restaurado, de neotradicionalismo tendencialmente ligado a los grupos sociales dominantes más amenazados por las transformaciones resultantes del desarrollo capitalista y de la industrialización. Por otro, un discurso que pretende abrir paso a los sectores potencialmente emergentes de las elites económicas y sociales: un autoritarismo que no apunta hacia atrás, hacia utopías regresivas y reactivas, sino hacia lo que entendían debía ser la adaptación del Estado a las nuevas condiciones y prioridades del moderno desarrollo económico. Una neo-ilustración tecnocrática y autoritaria dirigida por los “ingenieros”.

También en el campo autoritario conservador las diferencias de comportamiento político entre integralistas y católicos conservadores son muy importantes. Es sabido que desde un plano doctrinal, la condena papal del

agnosticismo *maurrassiano*⁵⁵ y de su *politique d'abord* conducen a una ruptura de la jerarquía del catolicismo políticamente organizado con la *Action Française*, en nombre del primado de la moral y del derecho natural como fuentes inspiradoras de la política. Pero esa ruptura no es sólo coyuntural o episódica, sino que entre los integralistas lusitanos el reconocimiento de su filiación en la *Action Française* estaba lejos de ser unánime. La realidad es que en Portugal el Centro Católico y más tarde lo que se desplazó de él hacia el salazarismo, desde un plano ideológico reconoció e hizo suyo lo esencial del discurso integralista sobre la nación orgánica, sobre la retórica heroica y religiosa del nacionalismo nostálgico, sobre la apología del ruralismo y de la *aurea mediocritas*, y sobre el contenido del mito regenerador.⁵⁶

Lo que entre nosotros divide a la derecha integralista de la derecha católica, representada por el Centro Católico (reorganizado y reorientado en 1919 y del que Salazar sería su ideólogo y figura más destacada desde la posguerra), y lo que las separa es, diríamos, la técnica, o si se quiere, la política.

En primer lugar, porque fiel a la pragmática política papal del *ralliement*, el Centro reconoce las instituciones republicanas y acepta colaborar con ellas en nombre de la defensa de los intereses de la Iglesia Católica. Esto supone, en realidad, desvalorizar la llamada cuestión del régimen (el problema de la restauración monárquica), en lo que chocaría violentamente con el rígido ultramontanismo restauracionista del integralismo. Además, el Centro, o tal vez, sobre todo, su núcleo salazarista, fue evolucionando en torno a la idea de aceptación de la reforma institucional externa del Estado en razón de la defensa de los intereses eclesiásticos, hacia la asunción de la necesidad de no repetir el error fatal de la experiencia *sidonista* que conllevó la ruptura del frente conservador en torno a la cuestión del régimen. Esta preocupación se orienta ya claramente hacia la solución del problema de la crisis del poder liberal, y hará que sobre todo en la primera mitad de los años veinte, el Centro Católico se presente no tanto como un partido político, sino como una especie de reserva moral y transpartidaria de las derechas portuguesas y su “instrumento orgánico de transformación social”.⁵⁷

55 De Charles Maurras, fundador de la *Actino Française*.

56 Cf. Sobre este abanico de valores, Fernando Rosas, “O Salazarismo e o Homem Novo. Ensaio sobre o Estado Novo e a Questão do Totalitarismo”, in *Análise Social*, XXXV, 157 (2001), 1031-1054.

57 Cf. Manuel Braga da Cruz, *As Origens da Democracia Cristã e o Salazarismo*. Lisboa, Presença, 1980.

Esta tendencia ecléctica y federalizante de las derechas contribuyó seguramente a poner en manos del grupo salazarista del Centro Católico la función polarizadora del proceso de su concertación y alianza durante la dictadura militar. Proceso de hegemonización y unificación que conducirá también a la extinción en 1933 del propio Centro Católico en cuanto partido político, y la adhesión de la mayoría de sus miembros civiles (esto es, no eclesiásticos) al partido único del *Estado Novo*, la Unión Nacional.

Al contrario de lo que ha señalado alguna historiografía,⁵⁸ no me parece posible hablar con rigor de una corriente monárquica que, como tal, participase autónomamente en el debate doctrinario y político sobre las alternativas al liberalismo. La verdad es que la gran separación entre liberales y antiliberales se superpone a la reivindicación formal de la restauración de la corona. Sobre todo después de los sucesivos desaires de las incursiones monárquicas (1911 y 1912) y de la Monarquía del Norte (1919) que fueron dividiendo profundamente a las huestes monárquicas en cuanto al contenido del régimen a reponer y hasta en relación al pretendiente al que se debía apoyar. Los adeptos de la restauración de la monarquía constitucional son un grupo en rápida extinción. Incluso el propio rey exiliado acaba por dejar entrever el abandono del constitucionalismo en el Pacto de París con los legitimistas en 1922. Efectivamente el grueso del restauracionismo cae paulatinamente bajo la decisiva influencia cultural e ideológica de las corrientes antiliberales en general y del Integralismo Lusitano en particular. Antes y después de la muerte de D. Manuel II en el exilio, en 1932 (después de eso los monárquicos finalmente se unen en torno al descendiente de la línea legitimista, Duarte Nuno como pretendiente) la Causa Monárquica y la mayoría de los integralistas van a apoyar la dictadura militar para, a continuación, integrarse en el *Estado Novo* y en el partido único, la Unión Nacional, con lo que la Junta Central del Integralismo Lusitano se autodisuelve en 1933.

Fuera de este proceso de integración quedan personalidades aisladas como Paiva Couceiro y, sobre todo, esa “primera generación” del integralismo, los que podríamos llamar “maestros fundadores” con nombres como Almeida Braga, Hipólito Raposo, Rolão Preto o Alberto Monsaraz. Todos ellos, objetivos de persecución por el régimen salazarista. Unos y otros se desmarcaron del nuevo régimen al considerarlo una perversión autoritaria y estatista del corporativismo –la “salazarquía”– entrando en rápida colisión

58 Cf. Idem, *Monárquicos e Republicanos no Estado Novo*. Lisboa Publicações D. Quixote, 1996.

con aquel. La “segunda generación”, educada en los combates contra la República durante los años veinte y el grueso de las huestes monárquico-integralistas se adhieren *Estado Novo*, alcanzando cargos muy importantes y manteniendo una estrechísima colaboración con Salazar (Pedro Teotónio Pereira, Marcello Caetano, Costa Leite Lumbralles, Mário de Figueiredo, Santos Costa). Incluso buena parte de ellos se integran en el ala más rígidamente conservadora del régimen. Pero como veremos más adelante, el sector más joven de esta “segunda generación” integralista, sobre todo de su sector “estudiantil”, encabezará entre 1927 y 1932 bajo el patrocinio de algunos de sus fundadores –Rolão Preto y Alberto Monsaraz–, la escisión fascista del integralismo.

Puede decirse, por tanto, que desde finales del siglo XIX hasta el inicio de la segunda mitad del siglo XX se fijaron como corrientes principales en el campo político y doctrinal del autoritarismo antiliberal la derecha integralista, la derecha católica y una todavía difusa derecha tecnocrática. Pero la crisis final de la “República Vieja” va a apartar del campo liberal a una cuarta corriente. Tal vez, la más decisiva en el proceso efectivo de caída del republicanismo e instauración del *Estados Novo*, a la que llamaré derecha liberal o republicanismo conservador. Ya antes, cuando abordamos el fenómeno de la “rendición del liberalismo”, comprobamos como este campo liberal conservador, que atraviesa el centro y la derecha del sistema político republicano y tiene fuerte representación en los cuadros superiores de las fuerzas armadas, se va a rendir a la tentación autoritaria –en lo que es seguido incluso transitoriamente por sectores de la izquierda republicana– contribuyendo decisivamente al derrumbe militar de la primera República, dando un cierto apoyo a la dictadura y contribuyendo posteriormente a hacer viable política y militarmente el poder salazarista y del *Estado Novo*.

La derecha republicana, desde la primera fase de la República, había apostado por una política de imponer un cambio en el turno de gobierno; esto es, había apostado por romper el monopolio del PRP a la cabeza del Estado por medio de la intervención militar del Ejército con el apoyo político de las “fuerzas vivas”. Es verdad que de otra forma no les hubiera sido posible alcanzar el poder. Lo que sucede es que tampoco lo alcanzan con esta otra estrategia. El republicanismo conservador nunca comprendió eso que el *sidonismo* ya había hecho evidente: que las derechas antiliberales no pretendían una república liberal administrada por los conservadores, no confiaban en ellos para gobernar, una vez que tenían como objetivo en vista la “República

Nueva”, la superación autoritaria y antiparlamentaria del régimen liberal. Esta tendencia no hará sino madurar como proyecto político a corto plazo con la descomposición de la “Nueva República Vieja” en la primera mitad de los años veinte. Sin comprender que su papel no excedía mucho el de ser un mero instrumento de agitación y desestabilización apropiado para la creación de un clima que preparara el movimiento militar, la derecha republicana (y hasta buena parte de la izquierda) participa en el *28 de Mayo* a la sombra del comandante Mendes Cabeçadas, con la ingenua convicción de llegar a ser el gobierno o el partido de gobierno de la dictadura militar y de la República regenerada que saldría de ella. La ilusión duró tres semanas, el tiempo que llevó a las derechas autoritarias el barrer a Cabeçadas de la escena política.

La influencia del liberalismo republicano entre buena parte de los jefes del Ejército –ellos serán, como vimos, los que dirijan los ministerios de la dictadura entre 1926 y 1930– hará que la derecha republicana civil y militar se empeñe todavía durante varios años en el intento, es cierto que de forma bastante inconexa y zigzagueante, de crear una República de orden, conservadora pero liberal y estable, de ejecutivo fuerte y soportada por un sistema bipartidista “a la inglesa” con alguna representación corporativa. Todavía en 1931 pensaban que podrían comenzar a erigirla por vía electoral. Pero en la derecha republicana, sobre todo en su componente militar –la más decisiva y respetada, la que está en el poder a partir del *28 de Mayo*– faltaba casi todo: jefes para la dirección, un programa político y financiero para el país, un sólido apoyo partidista y hasta un mínimo de estabilidad. Además, su fracaso como proyecto dentro de la dictadura militar es, en buena medida, dictado por las sucesivas intentonas revolucionarias del *reviralthismo* entre 1927 y 1931. Sobre todo por sus sucesivas derrotas en cuyos rescoldos se apoyaran siempre los avances de la derecha salazarista.

El declive inexorable de la derecha republicana civil y militar supondría el fin al que ya antes aludíamos: parte de ella se vuelca en apoyo de la conspiración *reviralthista*; otra parte, la inmensa mayoría, va a negociar con el salazarismo las condiciones para su integración en el nuevo régimen y las contrapartidas a obtener por entregar el poder a Salazar y hacer que la tropa regrese a los cuarteles. La rendición del liberalismo, como vimos, fue la última puerta a flanquear para la implantación del *Estado Novo*.

Finalmente, ya en el marco del agudo combate interno que se produce dentro de la dictadura militar, emerge con notable influencia política la derecha

fascista. Esta derecha radical, pequeño-burguesa, de discurso “revolucionario” inflamado, plebeya y populista a pesar de algunas intentonas esporádicas de afirmación en el pos-sidonismo, es, en cuanto manifestación autónoma significativa, un fenómeno relativamente tardío en Portugal.⁵⁹

Sólo aparece como fuerza política relevante a partir de 1927 con la Liga del 28 de Mayo, de vida irregular, pero sobre todo, con el Movimiento Nacional Sindicalista, creado en 1932 a partir de la Liga, y que el gobierno de Salazar intentó en todo momento domesticar. El movimiento está liderado por Rolão Preto, que se pone a la cabeza de sus camisas azules de cinturón y talabarte, brazalete con la cruz de Cristo y el saludo romano, imitando las milicias fascistas y nazis. El Movimiento Nacional Sindicalista conquista una rápida y notable influencia en la juventud académica integralista, en el *tenientismo*⁶⁰ radical, en los periodistas y en la joven intelectualidad urbana de derechas, penetrando hasta en algunos medios académicos conservadores de Coimbra y Lisboa. Ataca las tibiezas del “dictador catedrático”, los compromisos de la situación, se opone a la constitucionalización del régimen y a la continuación de la dictadura y de la Revolución Nacional. Desde el Algarve a Vila Real pasando por Évora, Santiago de Cacém o Coimbra, los camisas azules entran en colisión con los caciques locales de la Unión Nacional o con los *revirahistas* y sindicalistas. Se manifiestan, desfilan en el *28 de Mayo*, hacen banquetes con centenares de personas en las principales ciudades, provocan trifulcas con tiros y peleas callejeras, desafían el consenso y el liderazgo salazarista en las derechas, radicalizando su discurso antiliberal y anticomunista, ostentando una retórica agresiva, populista y obrerista y apelando a la violencia.

La popularidad del Movimiento Nacional Sindicalista en 1933, año de relativa libertad de movimientos y de tantas esperanzas, es apreciada con clara desconfianza por parte las elites políticas, económicas y militares de una oligarquía que tenía en la sangre el virus del miedo a la agitación, incluso cuando adquiriría tintes contrarrevolucionarios. Y que se había habituado con éxito a confiar en instituciones tradicionales como la Iglesia, el Ejército o las

59 Cf. António Costa Pinto *Os Camisas Azuis. Ideologia, Elites e Movimentos Fascistas em Portugal, 1914-1945*. Lisboa, Teorema, 1994.

60 La joven oficialidad –los “cadetes” de Sidónio Pais y los “tenientes de Mayo”– se distinguieron por su radicalismo autoritario y jugaron un papel fundamental en el triunfo y sostenimiento de la dictadura. (N.T.)

autoridades del Estado para defender sus intereses, por lo que ven con gran reticencia ese sospechoso milicianismo desordenado que no controlan. Esto lleva a Salazar desde finales de ese año, pero sobre todo en 1934, a una operación simultánea de escindir y atraer a los elementos prosalazaristas (creación de la Acción Escolar de Vanguardia, ruptura en la dirección del Movimiento Nacional Sindicalista, edición del periódico *Revolução Nacional*) y de neutralización de sus sectores más radicales, aquellos que no aceptan la integración en el régimen. El proceso de cerco y aniquilamiento culminará en julio de 1934 con la disolución del Movimiento Nacional Sindicalista, y la absorción de la mayoría de los camisas azules en las estructuras milicianas, de propaganda y sindicales del *Estado Novo*, donde desarrollarán un papel central en el proceso de fascistización del régimen en la segunda mitad de los años treinta.⁶¹

El *Estado Novo* va a nacer y va a asegurar su permanencia gracias a la articulación y el equilibrio de estas cinco derechas, del arte de saberlas unir y dirigirlas hacia la toma del poder y conservarlo de forma duradera.

Esta derecha de la derecha va a conocer desde 1932-1933, aunque acelerado en la segunda mitad de los años treinta, un proceso de fascistización que llevará, tal como ya pasó en la Italia mussoliniana o lo que pasará en la España franquista, a la transformación/sumisión de las derechas de origen no fascista (fundamentalmente los católicos y los liberales conservadores) en sectores de apoyo a las dictaduras de nuevo cuño que emergen por entonces con éxito por toda Europa. Es la profundidad del proceso de “rendición” al que antes nos referíamos. Un vértice fascistizante en gran medida potenciado, como bien resalta Manuel Loff⁶² en un trabajo reciente, por la presión de un “orden nuevo” internacional victorioso en esa batalla decisiva contra la democracia, el socialismo, el comunismo y los valores antifascistas en general que estalla en la guerra civil de España entre 1936 y 1939.

La Unión Nacional, fundada en 1930, sería la plataforma de organización de ese consenso entre las derechas de la derecha portuguesa bajo la autoridad tutelar del “jefe”. No siendo un partido para el asalto del poder, funcionaba

⁶¹ Cf. Fernando Rosas, “O Salazarismo e o Homen Novo...”, art. cit.

⁶² Cf. Manuel Loff, *As Duas Ditaduras Ibéricas na Nova Ordem Eurofascista (1936-1945). Autodefinição, Mundovisão e Holocausto no Salazarismo e no Franquismo*. Tesis de Doctorado presentada en el Instituto Europeo de Florencia, Febrero 2004. Mecanografiada.

casi como una especie de dirección general del ministerio del interior, afirmando en el discurso oficial como un no-partido e incluso como un anti-partido. Será, sin embargo, la curiosa modalidad de partido único del régimen portugués. En el marco de tranquilidad de una elite política y de una oligarquía preocupadas sobre todo por el orden, la estabilidad, la disciplina y la obediencia el partido se debía ocupar de estructurar tanto en el ámbito local como nacional la integración, el equilibrio y el arbitraje entre los diferentes sectores políticos y sociales que constituyen la plataforma viabilizadora del régimen. Pero más que a la movilización, siempre coyuntural y difícil, le corresponde bajo la tutela del gobierno (al contrario de lo que ocurrirá en otras experiencias fascistas) garantizar el consenso que asegura la permanencia del *Estado Novo*.

Esta misma preocupación por el equilibrio y la administración del consenso entre los diversos sectores de la derecha política y de la derecha de los intereses se expresará también a nivel institucional, en la constitución y funcionamiento de la Asamblea Nacional. Este órgano, formalmente parlamentario, siempre fue percibido con incomodidad por Salazar y por la ortodoxia corporativa, al considerarlo una cesión transitoria al liberalismo aunque, curiosamente, nunca se tocó durante todo el largo período de vigencia de la Constitución de 1933. No sólo porque en la coyuntura de la segunda posguerra contribuyó a transformar sin esfuerzo un régimen imperfectamente corporativo en un régimen aparentemente semiparlamentario, sino, sobre todo, porque la Asamblea Nacional se convirtió en aquello que Salazar siempre pretendió que fuese: una cámara de concertación y acuerdo entre las distintas sensibilidades e intereses que sostenían el régimen. En la Asamblea, después de quedar firmemente establecido el principio de no discusión política acerca del *Estado Novo* y de su líder, pueden discutirse, a veces incluso de forma vigorosa, los encuentros y desencuentros en las pretensiones de las diferentes derechas de la derecha portuguesa.

Al final, toda la “larga marcha” de Salazar hacia el poder entre 1928 y 1932, que tiene como punto de partida su política de equilibrio presupuestario, se puede resumir en ese proceso de integración/exclusión en relación a las distintas corrientes de la derecha. Acaba incorporando a esa plataforma sustentadora del *Estado Novo* y de su propia permanencia en el tiempo a la mayoría, excluyendo o neutralizando a los sectores más puristas o radicales de cada una de ellas. Y, con esto conseguido, busca, como vimos, primero el apoyo negociado y después el control político de las fuerzas armadas.

2.3. LOS DIVERGENTES CAMINOS DE LA “REVOLUCIÓN SOCIAL”: SOCIALISTAS, ANARCO-SINDICALISTAS Y COMUNISTAS

Una tercera vía de contestación del sistema liberal oligárquico, en la que sin embargo no se pone en tela de juicio la herencia de la Revolución Francesa, piensa que la forma moderna de continuarla es hacer la revolución social anti-capitalista, pues conseguiría la emancipación del trabajo asalariado de la explotación del capital y destruiría el estado burgués. También en Portugal y obedeciendo a la cronología general de los demás países de la Europa *late comers*, los caminos propuestos para alcanzar ese *desideratum* fueron diferentes.

Las primeras organizaciones políticas autónomas del proletariado industrial, todavía incipiente y profesional, surgirán de los rescoldos de la Comuna de París (1871), bajo la influencia de la Asociación Internacional de los Trabajadores Portugueses (I Internacional), que da origen en enero de 1875 al Partido Socialista, con José Fontana, Batalha Reis, Antero de Quental o Nobre Guedes como más destacados fundadores y primeros dirigentes históricos.

Las divisiones internas que atraviesa la Internacional Obrera llegan a la “región portuguesa” de forma algo vaga y doctrinalmente confusa, pues los socialistas portugueses se dividen entre “posibilistas” y “marxistas”, pero no tienen diferencias sustanciales de actuación. A pesar de eso, el Partido Socialista va a desarrollar a largo de las dos últimas décadas del siglo XIX un notable trabajo de organización de los trabajadores en “asociaciones de clase”, cooperativas, asociaciones culturales y de recreo, mutualidades, etc, a lo que se unen las primeras luchas reivindicativas y huelgas. De forma evidente, el proceso de industrialización y de proletarización había hecho emerger la “cuestión social”.

Este nuevo proletariado industrial, sobre todo en su expresión fabril, se concentraba fundamentalmente en las regiones de Lisboa y del margen sur del Tajo, en el corredor industrial que va desde São João da Madeira e Ílhavo hasta el valle del Ave y en pequeñas islas industriales, algunas bastante antiguas como Marinha Grande, Covilhã, Silves, Olhão, Portimão. En Lisboa floreció a principios del siglo XX una industria más moderna y diversificada, producto de la expansión urbana (transportes públicos, teléfonos, telégrafos, electricidad, gas, abastecimiento de agua, alimentos, construcción civil), lo mismo que en los pueblos ribereños del sur del Tajo (corcho, construcción naval, metalurgia y metalomecánica, químicas). La especialización regional era mucho más acentuada en otras zonas (sombriererías en São João da

Madeira, cerámica en Ílhavo, textil del algodón en Ave, lanas en Covilhã, vidrio en Marinha Grande, conservas de pescado en el Algarve y en Setúbal, corcho en Silves).

No es esta la única diferencia. En Lisboa y en la margen sur el proletariado industrial tiene un peso creciente en el sentido riguroso del término, o sea, totalmente separado de otros medios de producción (como la tierra o la pesca), y viviendo exclusivamente de la venta de su fuerza de trabajo. Esto conforma una masa proletaria tendencialmente más dispuesta a luchar colectivamente por sus derechos, con mayor sentido de la fuerza de la unión, progresivamente más consciente de sus intereses y capacidades de lucha. Una característica compartida en los bastiones industriales y proletarios más antiguos, aunque poco urbanizados como Marinha Grande o Covilhã. El contraste con el norte y con otras regiones obreras es grande, pues aquí predomina un semiproletariado industrial todavía unido a la pequeña explotación agrícola a la que sirve de complemento a los salarios, y que por esa misma razón recibe una remuneración por debajo de los costes de reproducción de la fuerza de trabajo. Es una masa en la que predomina una mentalidad pequeño-campesina más permeable a la acción del paternalismo patronal y una menor disposición hacia la lucha social.

Hay tres características comunes a las realidades sociales de la industria en los inicios del siglo XX. Primero, el carácter socialmente minoritario y regionalmente localizado del proletariado industrial (según el *Inquérito Industrial* de 1917 sólo había unos 130.000 obreros industriales). Segundo, el peso abrumador del analfabetismo (es un proletariado joven y recién llegado del campo). Tercero, los bajísimos índices de preparación técnica o de especialización. Lo normal es el trabajo manual indiferenciado, lo que lleva frecuentemente a “importar” de las industrias extranjeras más avanzadas al trabajador especializado o a quien puede dirigir la producción. Será, precisamente, de este pequeño segmento de obreros especializados y de artesanos autodidactas, instruidos y politizados, de donde emergerá la elite dirigente del anarcosindicalismo portugués.

El modelo base del empresariado no es muy diferente: descapitalizado, con débiles capacidades técnicas y de gestión, casi totalmente dependiente de la tarifa aduanera, de la regulación de la competencia y, sobre todo, de los bajos salarios y de la sobreexplotación del trabajo.

Finalmente, hay que señalar el fuerte predominio del artesanado industrial sobre la producción mecanizada, lo que da lugar a procesos de trabajo

rígidamente jerarquizados, muy segmentados y de baja productividad. Según el ya citado *Inquérito Industrial* en 1917 no existían en el país más que seis fábricas con más de 1000 obreros, esto es el 0,1% del total, mientras que las de menos de 10 trabajadores representaban cerca del 70% del total de las empresas industriales.

No obstante el carácter localizado regionalmente, aunque sectorialmente poco concentrado, del crecimiento fabril y de la relativamente pequeña en términos cuantitativos clase obrera, que además estaba muy segmentada, la verdad es que desde bastante pronto sus asociaciones demostraron gran combatividad y capacidad reivindicativa. La fuerza de ese movimiento huelguístico (creciente en la transición del siglo) arrancará en mayo de 1891 al gobierno monárquico el primer paquete de conquistas sociales, destacando principalmente el reconocimiento del derecho de asociación sindical (a pesar de que las confederaciones nacionales y las huelgas siguen prohibidas).

Parece confirmarse en Portugal la hipótesis del historiador Adrian Lyttelton sobre las relaciones entre el elevado grado de exclusión y aislamiento de los trabajadores en relación al conjunto de la sociedad en los países industrialmente más atrasados y su disponibilidad para pasar a la “acción directa”.⁶³ En el caso portugués, esa disposición se hallaba seguramente potenciada en sus efectos y capacidad de presión por el factor de que el centro de mayor concentración y vigor combativo era precisamente Lisboa, la capital política del Portugal macrocéfalo donde todo se decidía.

Sea como fuese, este socialismo de tenor gradualista y reformista, políticamente zigzagueante entre la colaboración y la competencia con un republicanismo en alza desde el inicio del siglo XX que le roba la base social de apoyo en los grandes centros urbanos, permeable al equívoco galanteo de la corona para aislar a los republicanos; este partido socialista de adscripción intelectual y pequeño-burguesa va a comenzar a perder terreno a favor de la nueva corriente del radicalismo obrero influenciada a partir de 1905 por la Carta de Amiens de la CGT francesa: el sindicalismo revolucionario que, entre nosotros se va a amalgamar con la dimensión libertaria en las asociaciones de clase y en el asociativismo obrero.⁶⁴

63 Cf. Adrian Lyttelton, “Italian Fascism”, in Laqueur, Walter (ed.), *Fascism: a Reader's Guide*. (s.l.), (s.n.), 1976.

64 Cf. João Freire, *Anarquistas e Operários: Ideologia, Ofício e Práticas Sociais. O Anarquismo e o Operariado em Portugal: 1900-1940*. Porto, Afrontamento, 1992.

Los sindicalistas revolucionarios de inspiración francesa, más sindicalistas, menos “políticos” y más moderados, mantenían claras divergencias con el anarco-sindicalismo más radical, marcado por la ideología libertaria. Pero es bajo la designación genérica de anarco-sindicalismo por la que se conocerá esta corriente sindicalista revolucionaria y libertaria volcada hacia la acción social y sindical. Antiestatistas, anticapitalistas, “antiteologistas”, racionalistas, autodidactas, autónomos contra cualquier jerarquía o autoridad grupal, partidarios de la “acción directa”, de la confrontación de clase sin intermediaciones, los anarco-sindicalistas rechazan la participación corruptora en el sistema electoral burgués, además, que en sí mismo excluye al grueso del proletariado al no admitir el derecho de voto a los analfabetos. Los anarcosindicalistas no reconocen la autoridad de las instituciones del Estado, denuncian el fisco y el militarismo y creen que la huelga general revolucionaria, momento culminante de la lucha y de la resistencia sindical al capitalismo, puede provocar la colectivización expropiadora de los medios de producción y su autogestión por vía sindical y la extinción del Estado. De este proletariado militante y autodidacta, que crea sus “escuelas-talleres” anima las universidades populares y da un papel central a la emancipación individual realizada por el acceso a las luces y al saber modernos, surgirá una cultura, una prensa y una notable elite de dirigentes obreros (Alexandre Vieira, Manuel Conceição Afonso, Pinto Quartim, Manuel Joaquim de Sousa, Perfeito de Carvalho, Carlos Rates, Mário Castelhana). Son todos ellos sindicalistas revolucionarios y ácratas que marcarán decisivamente toda la cultura del sindicalismo obrero durante la primera mitad del siglo XX.

Entre los congresos sindicales y cooperativos de 1909/1911 y las conferencias sindicales de Lisboa y de Oporto en 1917,⁶⁵ el anarco-sindicalismo traba un duro combate, accidentado pero victorioso, por la progresiva hegemonía ideológica y organizativa del movimiento sindical.. Dos factores parecen fundamentales para explicar la derrota histórica del socialismo reformista portugués en esta competición por el liderazgo.

Por un lado, la inexistencia del sufragio universal masculino, que dejaba sin derecho de voto a amplios sectores del proletariado lo que hacía impracticable una representación y una acción parlamentaria significativa del Partido Socialista en la lucha por las reformas sociales. La posibilidad de

⁶⁵ Cf. Maria Alice Samara, *Sob o Signo da Guerra: “Verdes e Vermelhos” no Conturbado ano de 1918*, Lisboa, Editorial Notícias, 2002.

hacer visible las protestas y reivindicaciones sociales en el Parlamento y hacerlas compatibles con intereses antagónicos en el marco de funcionamiento del estado democrático; esto es, la posibilidad de un cierto simulacro de integración del sindicalismo, estaba bloqueado por la restricción del sufragio. Con ello se hacía inviable cualquier papel significativo de partido de encuadramiento y contención que pudiese querer atribuirse el partido socialista, tal y como pasó cuando lo vuelve a intentar en la inmediata posguerra en 1919 cuando los socialistas –el “camarada Augusto” de nombre Augusto da Silva– se responsabiliza, aunque por poco tiempo, de la nueva cartera de Trabajo.

Por otro lado, y tal vez por eso, durante la República, el partido socialista va a tender a apoyarse en el PRP buscando persistentemente el estatuto de interlocutor político fiable, aunque ello tiende a apartarle de una gran masa que considera que los políticos y el nuevo régimen no le ofrece nada beneficioso. La crisis subsiguiente a la participación de Portugal en la Gran Guerra, con el partido socialista oficial alineándose con el belicismo y distanciándose de las luchas sociales y del sindicalismo, será el golpe de gracia en su esperanza de poder llegar a recuperar un papel determinante en la evolución del movimiento obrero. Sea como fuere, es en este período en el que se desvanecen las ilusiones o las expectativas proletarias en una República pequeño-burguesa, acosada y sin medios ni voluntad para una política de diálogo integrador y que, como antes se vio, nunca consiguió percibir la cuestión social más que como un problema de “orden público”. Por eso va a perder el apoyo del proletariado urbano, base esencial del bloque social del 5 de octubre.

Las prisiones masivas, la utilización de armas para la represión de las manifestaciones, el asalto y cierre de las asociaciones de clase y de la Casa Sindical o el cierre de publicaciones sindicalistas van a ser respuestas frecuentes al incremento de las huelgas obreras de Lisboa y de la margen sur a partir e 1911, a las primeras huelgas de los asalariados rurales alentejanos en 1912, a las primeras “paralizaciones generales” de solidaridad y a los primeros ataques proletarios con bombas que se producen entre 1911 y 1913. En el período de cierta distensión de 1914 se produce en el Congreso de Tomar el compromiso entre las huestes descabaladas del anarco-sindicalismo y un partido socialista que acusa los efectos de la represión, creándose la primera central sindical portuguesa: la Unión Obrera Nacional (UON). Para Alfonso Costa –conocido como el “quiebra-sindicalistas”– y el PRP, los obreros y los sindicatos anarco-sindicalistas hacían el juego a la reacción monárquica, por

lo que eran tratados mucho peor que ella. Nuevamente con los alfonsistas en el poder durante la caliente primavera/verano de 1917, todavía en plena guerra, el gobierno combatirá con excepcional violencia la explosión huelguista y popular de protesta contra los terribles efectos sociales de la participación de Portugal en el conflicto.

La carestía, la falta de géneros, las epidemias, la muerte en las trincheras, la especulación y el acaparamiento, eran pesadas cargas pagadas y soportadas por los más pobres, para quienes lo único que la intervención en la guerra representaba era eso mismo, un calvario de hambre, malestar y miseria. Todo vendría a precipitarse entre mayo y septiembre de 1917, en un convulso proceso de revuelta social y de huelgas. La ola de asaltos populares a las tiendas de Lisboa y sus alrededores en mayo, las huelgas de la construcción civil, de la compañía de aguas y de los carteros entre julio y septiembre, las dos huelgas generales de solidaridad del 16 de julio y el 8 de septiembre, las prisiones masivas de millares de huelguistas, los encierros de sindicatos y de la Unión Obrera Nacional, el estado de sitio decretado en Lisboa durante la “revolución de la patata” en mayo, con un lastre de más de cien muertos en la “reposición del orden” y la militarización de los trabajadores de correos, fueron sucesivos peldaños de una escalada de conflictividad política y social que tendrá su desenlace final en el “dezembrismo”.⁶⁶

De forma que no nos puede sorprender que la política represiva del gobierno de Alfonso Costa lleve al sindicalismo revolucionario a apoyar el golpe *sidonista* de 5 de diciembre de 1917. Una luna de miel corta. Tan corta como el breve simulacro de populismo antiplutocrático protagonizado por Machado dos Santos a la cabeza del comisariado (después secretaria de Estado) de abastos y su diálogo con los sindicalistas de la Unión Obrera Nacional. El movimiento de protesta contra la guerra y sus efectos hace retomar la lucha y a partir de marzo de 1918 se agudiza el conflicto, ahora bajo el poder *sidonista*, que culmina en la precipitada y fracasada huelga general de noviembre de 1918, objeto de una campaña política e ideológica en defensa del orden y contra el peligro bolchevique y de una ola represiva sin precedentes en la corta historia del movimiento obrero portugués.⁶⁷ En realidad, la onda de agitación revolucionaria del fin de la Gran Guerra alcanzó a

⁶⁶ Dictadura de Sidónio Pais, surgida del golpe de Estado de diciembre de 1917. (N.T.)

⁶⁷ M.A. Samara, *op. cit.*

Portugal desde 1917, sin que ya pare después del intento de huelga general de noviembre de 1918. En febrero de 1919, el proletariado lisboeta, reconciliado momentáneamente con el republicanismo, parte al asalto de Monsanto contra el restauracionismo monárquico y a favor de la constitución republicana de 1911. La fuerza de su éxito le hace lanzarse a un proceso ofensivo de gran envergadura.

Las vacilaciones e ingenuidades de un movimiento sindical políticamente desarmado, que oscila entre amores y odios contradictorios en la búsqueda de quien le respete y respete sus derechos, no impiden el avance y crecimiento de esta ola reivindicativa y organizativa después de 1919. Este es el año de la fundación de la Confederación General del Trabajo (CGT) y del diario *A Batalha*, así como de la conquista, aunque ciertamente más retórica que real, de la ley de las ocho horas de trabajo. Pero supone también el inicio de una sucesión de huelgas de contenido más claramente radicalizado en la región de Lisboa/Setúbal, frecuentemente acompañadas por la colocación de bombas, lo que origina choques brutales con las fuerzas policiales y del propio ejército y la creación de tribunales especiales de “defensa social”. Después de una corta y frustrante tentativa inicial de la “Nueva República Vieja” de colaboración con el partido socialista para abordar de forma distinta las reivindicaciones obreras, la represión vuelve a imperar, ahora estrechamente unida a una radicalización de la respuesta de la patronal. La ola de agitaciones tiende, por tanto, a quebrarse por distintos motivos: los graves efectos sociales y económicos de la recesión internacional de 1921, la violencia de las persecuciones contra los huelguistas, el efecto seguramente desmovilizador de la “noche sangrienta” de 19 de octubre de 1921,⁶⁸ la inclinación hacia el terrorismo obrero por parte de los sectores más jóvenes y desesperados del sindicalismo, las divisiones que se perciben en el activismo obrero entre los sectores de vanguardia y la masa o entre el Partido Comunista Portugués y la Confederación General del Trabajo o la dificultad para continuar las luchas especialmente duras y, a veces, muy prolongadas. Todo esto lleva a un retroceso progresivo, a la desmovilización y a una creciente desindustrialización después del fracaso de la emblemática huelga ferroviaria que se prolonga desde septiembre a diciembre de 1920. La Confederación General del

⁶⁸ Cf. Sobre el ambiente político y social de la época, véase como contribuciones más recientes el dossier “Noite Sangrenta”, in *História*, nº. 39, pp. 22-45 con trabajos de Alice Samara, Joana Pereira y Pedro Ventura y una entrevista con António Reis.

Trabajo ya no puede oponer más que una reacción poco más que simbólica a la desaparición del “pan político”⁶⁹ en agosto de 1923. La misma incapacidad mostrará hacia las deportaciones forzosas a las colonias fijadas sin juicio para activistas sindicales acusados de vinculaciones con la Legión Roja y con el terrorismo obrero entre 1923 y 1925.

A pesar del espantajo de la “subversión social” argüido por los patronos y por los medios conspirativos de la derecha, el hecho es que la reacción militar del 28 de mayo de 1926 se va a producir mucho más debido al espacio vacío dejado por la desmovilización sindical que como respuesta a ella. La Confederación General del Trabajo y el movimiento sindical asistirán impotentes a la ola conspirativa y al *28 de Mayo*, no sólo por genuino desamor a esa República que creían de “asesinos” y de las “deportaciones” –los ferroviarios del sur y del sureste llegan incluso a apoyar el golpe militar– sino, también, por la incapacidad de ir más allá de una vaga amenaza de huelga general que nunca pudieron llegar a poner en marcha, ni siquiera para obstaculizar la deriva militarista que se adivinaba tras el alejamiento de Mendes Cabeçadas en junio de 1926.

Finalmente, los comunistas, surgidos como corriente política e ideológica en el inmediato rescoldo de la revolución rusa, no emergen en Portugal como partido de una escisión con el socialismo reformista, –tal y como ocurre en general en los países europeos occidentales– sino de una ruptura, inicialmente de contornos bastante difusos, con el anarco-sindicalismo. Más concretamente, surge de los sectores sindicalistas que creían poder y deber conciliar el ideal libertario con esa revolución llevada hasta el final por los bolcheviques. La Federación Maximalista de 1919 dará lugar al Partido Comunista Portugués, fundado en 1921 por obreros arsenalistas y de los sectores de empleados, habitualmente arrinconados por la Confederación General del Trabajo.

A pesar de la creciente e irremediable escisión que entre unos y otros comenzaron a abrir en el movimiento obrero (en 1923 sin salir todavía de la Confederación General del Trabajo, los sindicalistas y los sindicatos de obediencia comunista siguen a la Internacional Sindical Roja ligada a la

⁶⁹ “Pan político”, pan para las clases pobres cuyo precio era subsidiado por el Estado. Cf., Fernando Medeiros, *A Sociedade e a Economia Portuguesa nas Origens do Salazarismo*. Lisboa, A Regra do Jogo, 1978.

Internacional Comunista, después de una dura polémica con la Confederación General del Trabajo),⁷⁰ el PCP tendrá una escasa importancia política y social en el período agónico de la primera República.

Afectado por sucesivas divisiones internas y depuraciones, oscila entre el radicalismo libertario de la mayoría de sus dirigentes y fundadores y el seguidismo respecto de la izquierda republicana y hasta el *putschismo* radical, con una muy limitada asimilación teórica y práctica del marxismo-leninismo. Será preciso esperar a la bolchevización de 1929 promovida por Bento Gonçalves, ya en la clandestinidad, para que el partido esté mínimamente en condiciones de integrarse en la III Internacional. Aunque ello no le hace soltar esa pesada carga de tradición anarco-sindicalista que se mantiene hasta el 18 de enero de 1934.

Para anarco-sindicalistas y comunistas, la dictadura militar supone el fin de su existencia legal durante casi medio siglo. La participación de unos y otros en la revolución de febrero de 1927 en Oporto y en Lisboa, llevará al cierre de los locales y de la prensa de la Confederación General del Trabajo y del PCP y a la prohibición de sus actividades legales. El partido socialista, como en el *sidonismo* o en la primera República, gozará de tolerancia por parte de la dictadura hasta 1933 igual que los partidos republicanos, lo que les permitirá mantener cierta actividad legal. En ese año, el gobierno de Salazar permite que se reúna lo que será su último congreso. Después, se autodisuelve en términos prácticos, aunque sindicalistas socialistas continúan teniendo hasta 1934 una intervención sindical relevante. El *Estado Novo* y la Constitución de 1933 abrirán la larga etapa de la dictadura de partido único.

2.4. LA AGONÍA DEL LIBERALISMO PORTUGUÉS Y EL PROCESO DE TRANSICIÓN HACIA EL *ESTADO NOVO*

Como hemos venido analizando, la sociedad portuguesa del primer cuarto del siglo XX parece no poder escapar a la tendencia que atraviesan otros países europeos económicamente periféricos y de liberalismo oligárquico, en los que el desenlace de la crisis del sistema liberal desemboca en situaciones autoritarias y de tipo fascista.

⁷⁰ Cf. César de Oliveira, *O Movimento Sindical Português: a Primeira Cisão*. Lisboa, Publicações Europa-América, s.d.

Fácilmente encontramos trazos de una estructura económico-social y de un sistema político comunes o comparables entre varios de ellos. Son países económicamente atrasados, poco o tardíamente industrializados, con oligarquías fuertemente enraizadas en los intereses de la tierra, del comercio interno y externo o de la banca, sus fuentes de acumulación por excelencia, donde las soluciones derivadas de las crisis económicas empujan hacia soluciones drásticas de intervencionismo estatal en la economía y en la sociedad. Una intervención que se sustancia protegiendo mercados (o asegurándolos externamente) y la producción nacional, regulando administrativamente la competencia, reduciendo por la fuerza los costes salariales a un nivel de subsistencia, asegurando la estabilidad de la moneda y haciéndose cargo, directa o indirectamente, de la financiación pública de las actividades privadas. El ambiente de sucesivas crisis internacionales (1890-1891, la Gran Guerra, 1921 y sobre todo la gran depresión de 1929) refuerza esa tendencia a asegurar la autosuficiencia, hacia la autarquía, hacia el nacionalismo económico y el proteccionismo productivista. Y la debilidad de las economías, asociada a la segmentación de las clases dominantes, conduce a estrategias de recuperación y acumulación fundamentalmente asentadas, como presupuesto básico, en la sobreexplotación del trabajo, empujando, por eso mismo, hacia soluciones autoritarias y antidemocráticas en el plano político, y de disolución administrativa de la lucha de clases, o sea, buscando soluciones corporativistas en el plano social. Esa fue la naturaleza de la política económica y social del salazarismo hasta el final de los años cincuenta. Esa es la base del fuerte consenso existente entre las “fuerzas vivas” alrededor del régimen.

Por otro lado, el subdesarrollo económico, la subindustrialización y el arcaísmo social producen otros efectos fundamentales para el bloqueo del cambio político y económico. Fundamentalmente, la inexistencia en Portugal hasta los años sesenta de una clase media numerosa y próspera, base de soporte indispensable a los procesos de modernización política y cultural y factor importante de movilidad social. El peso social y político de un amplio y mayoritario mundo rural atrasado y miserable, ahogado por el analfabetismo, presa fácil (en Portugal, en España, en el sur de Italia) del caciquismo y de la influencia de la Iglesia Católica en el “cerco” a los polos urbanos (o rurales como en Italia y España) de masificación y participación política. Y funcionando siempre como contrapeso objetivo o instrumental de resistencia al cambio político y a la modernización económica y social por parte del ultramontanismo y de los conservadurismos nostálgicos del pasado.

Finalmente, la naturaleza de las elites. Véase el caso portugués: elites muy pequeñas, poco diferenciadas, oligarquizadas y separadas de la sociedad, obcecadas por el mantenimiento de sus privilegios y poder a cualquier precio y, por eso mismo, profundamente insensibles cuando no abiertamente hostiles a los impulsos modernizadores de la sociedad, tienden a asegurar su permanencia por el cierre del sistema, esencialmente por la restricción del voto, por la limitación de las libertades públicas y por la crispación represiva. Es preciso entender que en las sociedades de liberalismo oligárquico, la rotación o alternancia de las elites se realizaba por acuerdos y combinaciones de naturaleza no democrática, en los que la urna era una vaporosa cortina para la manipulación caciquil y el fraude electoral. Por eso las elites se obstinan permanentemente en no depender para su supervivencia y reproducción del sufragio genuino de los ciudadanos electores. Por eso tampoco están generalmente dispuestas a arriesgar su posición con reformas democratizantes frente a las amenazas derivadas de la masificación de la política. El reformismo, sobre todo el reformismo político, no estaba, o sólo lo estaba muy raramente, en la cultura política o en el catálogo de soluciones de permanencia de las oligarquías y de sus elites en los países periféricos. Mucho más rápidamente se volvían hacia el ejército y hacia la Iglesia como asientos seguros de orden y de estabilidad.

De esta forma, son incapaces de modernizar. Están mucho más capacitadas para aguantar mientras las fuerzas emergentes no han acumulado todavía la fuerza suficiente para apartarlas del poder y gobernar. Esto originará en los dos grandes procesos de cambio político-institucional de la contemporaneidad portuguesa, del liberalismo al autoritarismo y de éste hacia la democracia, largos y complejos procesos de crisis, degeneración y descomposición, culminados siempre por rupturas violentas, por el recurso a la fuerza armada como forma de cambio. Desde el punto de vista de la historia política, El Portugal del siglo XX es así una sucesión de largos letargos y súbitas rupturas, propias de sociedades sin fuerzas endógenas con capacidad para generar procesos sostenidos de reforma y transición gradual. En ellas, el grado de pudrimiento del *status quo ante* es llevado a tal extremo que hace inviable la transición pacífica, lo que hace también que esa ruptura se produzca casi sin obstáculos o resistencias político-militares significativas, como algo inevitable. Es un orden que no se adapta por el cambio, se agota totalmente hasta volverse esencialmente inadecuado, convirtiendo el golpe de fuerza en algo simultáneamente indispensable y consensual. Así ocurrió con la caída de la

monarquía en 1910, en el 28 de mayo de 1926 y en el derrumbe del *marcelismo* el 25 de abril de 1974.

Debe ponerse de manifiesto que la llegada del *Estado Novo*, lejos de representar la victoria de una voluntad de modernización política y económica, esto es, de sentido democratizante y desarrollista, frente al agotamiento del liberalismo oligárquico en su doble vertiente monárquica y después republicana, va a expresar una compleja coalición de fuerzas económicas, sociales y políticas dominantes que apuestan, básicamente, por una solución de fuerza antidemocrática al nivel del Estado para asegurar el restablecimiento financiero y económico del país. Lo que debía entenderse por esto fue como veremos durante mucho tiempo y al hilo de las distintas coyunturas, objeto de desavenencias, contradicciones y equilibrios inestables entre los distintos sectores de la oligarquía, severamente tutelados por la autoridad arbitral del Estado.⁷¹

Además de esto, se va a producir una tensión permanente entre los que veían en la dictadura un instrumento vital para la defensa y el mantenimiento del *statu quo* e, incluso, un regreso utópico a un mítico pasado de armonía y grandeza, y los que la consideraban como una especie de despotismo ilustrado liderado por la elite tecnocrática para, a golpes de fuerza y autoridad si fuese necesario, desbrozar las resistencias inútiles de los caminos del desarrollo económico, la industrialización y la modernización agraria. De ello resultaría esa especie de esquizofrenia estratégica que marca el desarrollo de la sociedad portuguesa seguramente hasta el final del *marcelismo*: un crecimiento económico real, aunque tamizado constantemente por el miedo al riesgo, a la agitación social, a la competencia, a la libertad política. O sea, industrialización sin reforma agraria, crecimiento sin justicia social, progreso material sin democracia política.

Estas realidades, naturalmente, estuvieron presentes como plano de fondo marcando los aspectos específicos más sobresalientes de la crisis del liberalismo portugués o, si se quiere, de la génesis del ciclo autoritario del *Estado Novo* en Portugal.

En primer lugar, también en la sociedad portuguesa se trata de un proceso particularmente prolongado y difícil en cuanto a su resolución final: no sólo la agonía del sistema liberal se prolonga de 1890 a 1926, es decir, durante

71 Cf. Fernando Rosas, *O Estado Novo nos Ans Trinta, 1928-1938*. Lisboa, Estampa, 1986.

más de tres décadas (dándose entre medias un intento de regeneración democrática republicana), sino que incluso después de la caída de la primera República entre 1926 y 1933/34 se asiste a un complejo proceso de transición hacia el *Estado Novo*, a una prolongada lucha política entre las diferentes corrientes existentes en el seno de la dictadura e, incluso en una fase inicial, entre ellas y la fuerte resistencia de los *revivalhistas*.

Ese comportamiento, esa dificultad en lo relativo a las elites políticas de la derecha y a las “fuerzas vivas” parece ser particularmente característico de la clase dominante portuguesa del primer cuarto del siglo XX: fuertemente alcanzada por la crisis del sistema, globalmente débil y dependiente, muy segmentada, sin sectores claramente capaces de hegemonizar un programa económico propio o de generar los correspondientes movimientos políticos. Y a consecuencia de todo ello, fuertemente dividida en una lucha desesperada por la defensa de sus intereses. Más por todo eso, obligada necesariamente también a conjugar fuerzas —a través de laboriosos esfuerzos políticos y organizativos— para alcanzar las grandes metas de interés común. Para lo cual precisa irremediamente la intervención del Estado para sobrevivir y prosperar (y contra las reivindicaciones obreras, para que socorra a los sectores en crisis, para que regule la competencia, para que arbitre las desavenencias internas). Esta es la tarea que, precisamente, va a realizar con éxito el salazarismo.

Por eso mismo, y este es el segundo punto relevante, el prolongado proceso histórico de decantación, clarificación y articulación de los diferentes tipos de ideario y de estrategias de los diferentes grupos de interés y de las distintas derechas conducirá a la necesidad de la progresiva marginación de la cuestión formal (republicana/monárquica) del Estado a favor de una redefinición consensual de su naturaleza. Sólo esto permitirá la formación de un frente político de las derechas, la toma del poder y a largo plazo, su permanencia. Salazar, como ya señalamos, nunca olvidará la lección negativa de las causas del fracaso *sidonista*.

En tercer lugar, y a la inversa de los puntos de vista algo superficiales mantenidos usualmente, sigo pensando que el liberalismo portugués mostró una singular capacidad de resistencia a su liquidación, No sólo en el interior de la dictadura, donde como vimos parte de la derecha republicana bien implantada en ella no dejó de resistir hasta 1934 frente a lo que entendía ser una perversión fascizante y corporativa de la nueva situación política, en nombre de una república regenerada, ordenada y a la inglesa. Sino también

desde fuera de la dictadura, como demuestra el republicanismo de izquierda (junto a los sectores todavía activos del movimiento obrero), que recurre a una prolongada resistencia armada por medio de sucesivas (y sucesivamente más débiles y localizadas) revueltas civiles y militares que se extienden entre 1927 y 1931 con un postrero y localizado asomo en 1933, a veces con enfrentamientos especialmente violentos. Las derrotas del *revilharismo* vendrían a funcionar además, como factor importante del fracaso de las maniobras de la derecha republicana dentro de la dictadura, reforzando las corrientes de la derecha autoritaria y antiliberal en un proceso que Salazar acabó capitalizando hábilmente en provecho de su camino hacia el liderazgo en el poder.⁷²

Finalmente, como ya se vio, no sería una tarea fácil para la dispersa y dividida derecha portuguesa barrer el peso político e ideológico de más de un siglo de tradición liberal. Incluso parte de ella fue formalmente incorporada (o mantenida) en las instituciones y en los símbolos del nuevo régimen. Pero la derrota final del republicanismo y del movimiento obrero se consuma en 1934, cuando al ocaso de la resistencia *reviralhista* en 1931 se une tres años después la derrota del intento de huelga general revolucionaria del *18 de Enero* contra la fascistización de los sindicatos. Esto es, contra la liquidación de la libertad sindical todavía existente. Este desenlace tendrá efectos devastadoramente duraderos en los movimientos sociales y políticos de resistencia. La represión política y social de la segunda mitad de los años treinta enviará al exilio o a la deportación a gran parte de la elite del republicanismo radical y decapitará el movimiento obrero en lo que respecta a esa generación de dirigentes provenientes de la República y de la posguerra, estableciendo un corte radical en términos de personas, de ideas y hasta de memoria con los jóvenes activistas comunistas provenientes de la militancia antifascista y neorrealista de finales de la década, surgidos de la solidaridad hacia la España republicana o en las luchas de la segunda guerra mundial, cuando se vuelve a reorganizar y a refundar el PCP. Una derrota que sumerge a las oposiciones al *Estado Novo* en una posición subalterna de la que sólo lograrían salir en la importante coyuntura de crisis política de la segunda posguerra mundial.

Así se explica que prácticamente hasta la guerra colonial y la agonía del salazarismo en la década de los sesenta, y si exceptuamos esos momentos de

⁷² Cf. Luís Farinha, *O Reviralho: Revoltas Republicanas contra a Ditadura e o Estado Novo, 1926-1940*. Lisboa, Estampa. 1998.

crisis (1945/46 en el rescoldo de la guerra, o 1958/62 bajo el impacto del *delgadismo*⁷³), la evolución del *Estado Novo* esté mucho más determinada por lo que ocurre en su interior, es decir, por el juego de equilibrios y desequilibrios entre las fuerzas sociales y políticas que constituían su base de apoyo, que por cualquier necesidad de responder a las presiones o amenazas político-sociales de las oposiciones por otra parte, siempre silenciadas y perseguidas.

Y es posible que en algo haya contribuido esa relativa ausencia, la evidente ausencia de esa “amenaza” o de ese estímulo, a la falta de capacidad histórica del régimen para “desequilibrarse” en el sentido de su propia reforma. Cuando el *marcelismo* lo intentó hacer ya era muy tarde: los peligros eran mucho mayores y el régimen no pudo o no supo ya vencerlos.

⁷³ Relativo al movimiento opositor desencadenado por la campaña del general Humberto Delgado en las elecciones presidenciales de 1958. (N.T.)

3. *ESTADO NOVO*: EL LARGO CICLO DEL AUTORITARISMO

Como antes se sugirió, es cierto que la longeva dictadura salazarista va a condicionar decisivamente hasta los años sesenta, la estabilidad de la matriz de opciones políticas e ideológicas surgidas en el proceso de crisis del liberalismo. La derecha, por el imperativo de defender y hacer durar el régimen. La izquierda —y téngase en cuenta que la “izquierda” pasa a definirse por la oposición al *Estado Novo* incluso cuando esa oposición es realizada por liberales de derecha— por la preeminencia y la prioridad de la tarea común de acabar con ella. De un lado y de otro, la cuestión de la supervivencia del régimen es lo que guiará las creencias, las tácticas y las luchas, en un marco de referencias esencialmente heredado de los años treinta, aunque transformado internamente en el peso relativo de sus componentes por las sucesivas sacudidas de las distintas coyunturas históricas.

Esto no significa, sobre todo cuando llega la segunda posguerra y los ineludibles procesos de internacionalización de las economías y de las ideas, que este Portugal autárquico y dictatorial fuese inmune al exterior. No lo consiguió ser. Ni en el interior del régimen, donde despuntan prudentes iniciativas reformadoras, ni, sobre todo, en las oposiciones claramente marcadas, por ejemplo, por el impacto de la guerra fría en los años cincuenta o por los terremotos revolucionarios de los años sesenta. Quiero significar únicamente que, a pesar de esto, en lo que respecta a las oposiciones, el aislamiento del exterior, el estrangulamiento de las libertades de expresión y asociación y después las exigencias de la resistencia a la persecución política y policial, las necesidades de la lucha clandestina y las prioridades de la “unidad antifascista”

condicionaron la lógica diversificación, competición y divergencia entre las fuerzas políticas.

Por otro lado, el estrecho (y sólo puntualmente cuestionado) principio de incontestado liderazgo de Salazar en la coalición de fuerzas de derecha que mantenían el régimen acabó por producir un efecto semejante en el campo situacionista hasta la desaparición política del eterno presidente del Consejo. Un debate y competición que en sí mismos, en un campo o en otro, eran condenados o prohibidos por el *Estados Novo*, por lo que sólo se podían producir en las difíciles condiciones de la actividad política ilegal o coyunturalmente tolerada, o en el discreto mundo de las apariencias entre los bastidores del régimen.

3.1. LA DERECHA DE LAS DERECHAS

Pienso que hoy es un hecho asumido por la historiografía portuguesa la importancia en la distinción de las distintas derechas del heterogéneo movimiento de reacción antiliberal y autoritario del primer cuarto del siglo XX (y más allá de él), especialmente para la comprensión de los orígenes y evolución del *Estado Novo*.

En las cruciales crisis del liberalismo posteriores a la implantación de la República —la crisis de la Gran Guerra, la crisis de inicios de los años veinte— las diferentes derechas confluyen y en cierta medida se confunden en un equilibrio inestable para en un primer momento conspirar y derrumbar el régimen.

Pero las divergencias entre los diferentes proyectos y el conflicto de intereses se ponen de manifiesto cuando se trata de establecer las bases doctrinales y las orientaciones políticas del nuevo poder. Sin tomar en consideración esta diversidad de intereses convergentes pero contradictorios, difícilmente se comprenderá el fracaso de la experiencia *sidonista* de 1917/18 o la razón del prolongado y complejo proceso de transición de la dictadura militar hacia el *Estado Novo* (1926/1933-34). Y, sobre todo, pienso yo, escaparían tres aspectos esenciales para comprender el fenómeno histórico del salazarismo:

- En primer lugar, la razón de ser de su éxito en la lucha intestina de la dictadura militar, entre 1926 y 1933-34, resultante, precisamente, del hecho de que Salazar al realizar con éxito la síntesis de la experiencia de éxitos y fracasos de las derechas portuguesas, consigue finalmente

establecer y arbitrar una coalición estable de sus diferentes corrientes e intereses, dándoles unidad y capacidad operativa suficiente para tomar el poder e instituir un nuevo régimen. Un régimen de alianza y compromiso entre las distintas derechas de la derecha.

- En segundo lugar, la propia longevidad del *Estado Novo*, aquello que habría sido el arte supremo de Salazar, el “saber durar” exactamente a través de la adaptación constante a las sacudidas de las diferentes épocas y coyunturas históricas, de ese cuidadoso tejido de equilibrios económicos, sociales y políticos. Obviamente, hasta conseguir hacer de ello un proyecto históricamente viable. Una gestión del poder como adelante veremos con mayor detenimiento, siempre presidida por la preocupación política de la seguridad, de la estabilidad y la permanencia como valores buenos en sí mismos, a los cuales se van a subordinar todos los aspectos de la vida del régimen y del país, desde la política externa al desarrollo económico.
- Finalmente, la propia naturaleza política, económica y social del régimen, resultante de esa esencia pactista: una dictadura fuertemente personalizada en un jefe incontestado, tutor paternal pero firme de un pueblo infantilizado y debilitado por la contaminación liberal. Tutor también de ese permanente equilibrio y arbitraje entre los distintos intereses de las clases dominantes (y entre éstos y los intermediarios) y las diferentes derechas de la derecha política. De todo ello surgía este curioso *Estado Novo* donde institucionalmente la apología del corporativismo y de su organización convivían con la permanencia semántica de una Asamblea Nacional de índole formalmente liberal-parlamentaria y donde, económicamente, las industrias de base se van creando a la sobra de la apología y de la defensa de los valores y de los intereses del mundo rural tradicional. Una situación que hipotecaría de forma decisiva el desarrollo económico del país a los imperativos del equilibrio y de la permanencia, e instalaría, en nombre de esa misma estabilidad y del orden, la supresión de las libertades fundamentales y la persecución política.

Pero, como ya vimos con anterioridad, el compromiso genético del Estados Novo con el republicanismo conservador, cuyo reflejo es el carácter semánticamente híbrido y de compromiso del texto constitucional fijado en 1933, que pronto se vació de contenido con la casi inmediata incorporación de lo esencial de ese sector dentro del régimen o su simple neutralización. A pesar

de no haber alteraciones significativas en la estructura fundamental de la Constitución hasta 1959,⁷⁴ la praxis de gobierno se orientará desde 1933 y en explícita consonancia con los principios del “nuevo orden” que se afirmaban en Europa, en un conjunto de direcciones precisas que caracterizan la naturaleza política del Estado Novo en los años treinta y cuarenta y que se prolongan en muchos aspectos esenciales, aunque con las inevitables adaptaciones, en la posguerra.

- Una dictadura férreamente centralizada, pues todos los aspectos relevantes del gobierno confluyen en la persona del jefe del gobierno –indudablemente es una de las dictaduras más fuertemente personalistas del siglo XX– con el vaciamiento de poderes de los órganos de soberanía formalmente elegidos (el presidente de la República y la Asamblea Nacional) y con el claro oscurecimiento del principio de división de poderes a favor de un reforzamiento absoluto del ejecutivo
- La supresión práctica de las libertades fundamentales de asociación, expresión y manifestación, sea en el campo político, sindical o cultural, pasando el ministerio del Interior a reglamentar y vigilar su ejercicio en un sentido drásticamente prohibicionista y restrictivo: la prohibición del derecho de huelga, la constitucionalización de la censura previa de prensa, radio y espectáculos; la selección político-ideológica en la admisión de los funcionarios públicos, fundamentalmente de los profesores, sujetos a información de la policía política (y obligados a partir de 1936 a un juramento anticomunista).
- La creación de un sistema de justicia política cuya espina dorsal es la policía política (PVDE: Policía de Vigilancia y Defensa del Estado de 1933 a 1945; PIDE: Policía Internacional y de Defensa del Estado de 1945 a 1970 y DGS: Dirección General de Seguridad hasta 1974), dotada de amplios y casi irrestrictos poderes de persecución, violación de correspondencia, escuchas telefónicas, prisión sin acusación formal y recurso a la violencia, a la tortura y a la arbitrariedad de forma sistemática. Las prisiones privativas y los tribunales especiales (militares y,

⁷⁴ En ese año, y bajo los efectos del “terremoto Delgado” en las elecciones presidenciales de 1958, Salazar consiguió imponer una revisión constitucional que acaba con el sufragio directo en la elección del presidente de la República. Su elección pasa desde entonces a estar asegurada, sin sobresaltos, por un colegio electoral constituido por los diputados de la Asamblea Nacional, por los procuradores de la Cámara Corporativa y por representantes de los municipios.

después de 1945 judiciales) serán los restantes vértices de este sistema centrado en la policía política.

- La institucionalización progresiva de la organización corporativa, de fuerte tenor estatizante y con tres principales áreas de encuadramiento e intervención: la regulación de los principales sectores de la vida económica en un sentido crecientemente dirigista, proteccionista y autárquico; el mantenimiento de la paz social por la supresión administrativa de la lucha de clases (prohibición de huelga, liquidación de la libertad sindical, creación de los sindicatos nacionales y de los gremios patronales; creación de los gremios de labranza y de las casas del pueblo para el mundo rural) y el control político e ideológico del ocio y tiempo libre de los trabajadores, ya fuese en el mundo urbano (con la creación de la Federación Nacional para la Alegría en el Trabajo) ya lo fuese en el mundo rural (a través de la Junta Central de las Casas del Pueblo y de las casas del pueblo).
- La instalación de un vasto y poliédrico aparato de propaganda e inculcación ideológica a todos los niveles de socialización (en la familia, en la escuela, en el trabajo, en el ocio) orientado hacia el diseño totalitario de creación de un “hombre nuevo”⁷⁵ salazarista. Centrado en el Secretariado de Propaganda Nacional (SPN, creado en 1933) se desliza por el aparato del ministerio de Educación Nacional (esencialmente la milicia juvenil paramilitar, la *Mocidade Portuguesa* y la Organización de las Madres para la Educación Nacional, que tutelaba la milicia femenina, la *Mocidade Portuguesa Femenina*); por el aparato corporativo (con la Federación Nacional para la Alegría en el Trabajo y la Junta Central de las Casas del Pueblo); y por los servicios de propaganda específicos del ministerio de las Colonias (la Agencia General de las Colonias). Para ese propósito y también para la defensa militar del régimen, se establece especialmente la Legión Portuguesa, un milicia paramilitar creada en 1936. La “amenaza roja” al hilo de la guerra civil española contribuyó además a un evidente proceso de fascistización del régimen, principalmente tras la aparición de las milicias, la generalización del saludo romano y de la iconografía fascista, la radicalización del discurso político, una fuerte crispación represiva y hasta en el plano externo, en la

75 Cf. Fernando Rosas, “O Salazarismo e o Homen Novo.....”, art. cit.

adopción de un cuidadoso, pero no por ello menos real, distanciamiento de la alianza inglesa y una simultánea aproximación a las potencias del futuro Eje (la Italia fascista y la Alemania hitleriana, los grandes pilares de la insurgencia franquista en España).

- La celebración entre el *Estado Novo* y la Iglesia Católica de un importante pacto de alianza política e ideológica de la que el Concordato de 1940 es su expresión más emblemática. No obstante, se sigue manteniendo un régimen de separación, aunque en la práctica al abrigo del Concordato o más allá de él, la religión católica recibe el estatuto constitucional de religión de la nación portuguesa y se otorga a la Iglesia un régimen de privilegios como si fuera oficial. Especialmente, beneficios de exención fiscal prácticamente total y de monopolio de hecho en lo referente a la acción religiosa en la educación (en las escuelas en general y en las organizaciones de encuadramiento de las mujeres, de los jóvenes y de la familia en especial),⁷⁶ en el servicio social, en los hospitales, en las cárceles o en los cuarteles (se crea una jerarquía paralela de capellanes militares en las fuerzas armadas). La Iglesia Católica se presenta como el principal instrumento de difusión ideológica de los valores del régimen y de la legitimación espiritual del poder establecido. Fundamentalmente, en lo referente a la política colonial y el apoyo espiritual a la guerra colonial después de 1961. A pesar de la disidencia y de la oposición de muchos católicos y hasta de algunos obispos, la jerarquía en cuanto tal nunca se significará hasta la sustitución del cardenal Gonçalves Cerejeira, sino más bien como polo de resistencia, de denuncia de los abusos o de alternativa al régimen, sino como su activa colaboradora. Los contenciosos que tuvo con el Estado se referirán siempre a conflictos de competencias y de fronteras, donde lo esencial, esto es, la comunión ideológica y el apoyo político, nunca se pusieron en cuestión, salvo en aquellos conflictos y distancias creados ya en el período final del régimen durante el *marcelismo* (e inducidos sobre todo por las posiciones del Vaticano). La Iglesia institucional siempre hizo, y sólo hizo, lo que el régimen esperaba que hiciese, lo que permite hablar, a propósito del sistema concordatario, de un neorregalismo funcional en régimen de separación formal.

⁷⁶ Cf. Irene Flunser Pimentel, *História das Organizações Femeninas no Estado Novo*. Lisboa, Círculo de Leitores, 2000.

- La reformulación de la política colonial en términos “imperiales”, plasmada aún antes de que el *Estado Novo* se institucionalizara, en el Acta Colonial de 1930, una iniciativa legislativa del propio Salazar. Éste supone esencialmente la drástica centralización política, administrativa y financiera de gestión de las colonias en Lisboa y la definición de un concepto organicista y ontológico del “imperio”. Un todo indivisible con la cabeza en la metrópoli, a quien incumbía como misión de la providencia, como algo constitutivo de la “esencia orgánica de la nación portuguesa” la colonización y evangelización del “imperio”, en la tradición de los navegantes, santos y caballeros de la expansión. A pesar de ser sustentado por una intensísima propaganda del régimen, lo cierto es que en términos prácticos, el “imperio” es poco más que una retórica ideológica hasta la segunda guerra mundial. Representando un mercado importante de exportación para el vino común, para los paños de algodón y para otras industrias, las colonias tienen escasa relevancia ya sea como fuente de materias primas (hasta la guerra, el consumo de algodón, de las oleaginosas o el café colonial tuvo que ser impuesto a través de cuotas obligatorias para los consumidores metropolitanos), ya sea como destino de inversión pública o privada, en ambos casos muy limitados.

Con sus características particulares, filtradas por el caldo económico, social, cultural y político propio de la sociedad en el que emergía, el *Estado Novo* viene a ser la modalidad particular del fascismo portugués en esa Europa dramáticamente arruinada de la “época de los fascismo”.

3.2. “SABER DURAR” O LA PRIMACÍA DE LO POLÍTICO

A pesar de la naturaleza del régimen y de las enormes expectativas de cambio suscitados en Portugal por la victoria y por la crisis política que sacude el *Estado Novo* en la posguerra, Salazar va a conseguir sobrevivir derrotando a sus opositores, consiguiendo establecer durante más de una década un período de estabilidad y crecimiento económico y de reconocimiento y aceptación en el plano externo.

En pocas palabras diría que el régimen sobrevive al impacto desestabilizador de la victoria de las democracias occidentales y de la URSS por cuatro razones principales. En primer lugar porque define y practica una hábil y versátil política de neutralidad, con el doble efecto de conseguir no verse